

3.2. LA VIDA COTIDIANA, 1960-1980: DEL ESTRAPERLO A LA SOCIEDAD DE CONSUMO

3.2.1. LA CIUDAD Y LA VIVIENDA

Murcia inicia la década de los sesenta enfrentándose al mismo problema que el resto de las ciudades españolas: el importante aumento de la población procedente, ante todo, del éxodo rural⁴⁴. Este aumento, unido a los desalojos que se produjeron como consecuencia de la planificación de distintas obras, como autovías y edificios para servicios generales, amplificó el problema de la vivienda en la capital murciana, agravándose tras el derrumbamiento de varias viviendas durante el invierno de 1961. Ese mismo año se decidió la construcción de 1.500 viviendas de tipo social y de renta limitada, decisión que fue tomada por el Instituto Nacional de la Vivienda tras la visita a Murcia del ministro Sánchez Arjona “con ocasión de la ruina en que habían quedado las numerosas casas elementales por las inclemencias climatológica de aquel invierno”⁴⁵. Lluvias y desbordamientos de cauces fueron la causa de múltiples desperfectos y derrumbamientos en la Región, e incluso, en el casco urbano de la capital murciana. Son las tristemente famosas riadas, sobre todo las del río Segura y el Guadalentín, que siguieron causando estragos aún en los años setenta, debido a la falta de inversiones en el encauzamiento de los ríos y ramblas y a la precariedad de las construcciones⁴⁶.

La visita de Franco a Murcia en 1963 (venía a inaugurar el Pantano del Cenajo) aceleró la preparación de los planes urbanísticos -Plan General de Ordenación de Murcia- que preveía la ordenación de 52 barriadas y proyectaba dotarlas de los servicios básicos, en especial de agua potable. Incluía asimismo mejoras en el alumbrado,

⁴⁴ “El extraordinario crecimiento de Murcia había desbordado las previsiones, pues el casco contaba ya con 83.581 habitantes, la Huerta 147.279 y el Campo 22.272”, M. Roselló, V. y M. Cano, G.: *Evolución urbana de Murcia*, Ayuntamiento de Murcia, 1975, pág. 183.

⁴⁵ *Ibidem*, pág. 176, y también en *La Verdad*, 27/1/1961.

⁴⁶ Ver Anexo Documental Cap. III, nº 7.1 y 7.2: “Viaje por el Sudeste español. Murcia diez meses después de las riadas de 1973”.

pavimentación de calles, construcción de una estación de autobuses, cuatro mercados, parques, institutos, etc. Se proyectó además la edificación de cinco grandes polígonos, entre ellos La Fama, San Juan y La Paz⁴⁷, con un total de más de 5.000 viviendas⁴⁸.

Todo ello nos indica que hasta esos momentos el aspecto de Murcia había cambiado poco. El alumbrado de las calles de la capital era incompleto, el pavimento se encontraba en mal estado y eran muchas las que carecían de él⁴⁹, faltaban viviendas, escuelas, hospitales y servicios en general. En lo que se refiere al alcantarillado, la situación no había cambiado mucho con respecto a años anteriores, solo parte del centro urbano disfrutaba de este servicio y otras muchas aún seguían evacuando al río a o las acequias que cruzaban la ciudad, mientras que el agua potable tampoco llegaba a todos los puntos de la capital. Tanto un servicio como otro se mantuvieron sin cambios importantes durante 40 años. Fuera de los centros urbanos aun se hizo más larga la espera.

“Tardó bastante más, el agua corriente tardó bastante más, llegó primero la luz, en la huerta de Alquerías tardó bastante más, en Beniel también, pero en Alquerías tardó yo diría que a finales de los setenta, sí, seguro, el agua corriente después que la luz. El agua era de una cuba con la que se llenaban las tinajas, y el pozo para lavar y para, bueno, el pozo y la poza de la acequia, a finales de los setenta”. (I.M.)

El cambio radical en la configuración de la ciudad de Murcia ocurrirá a lo largo de la década de los sesenta, sobre todo a finales de la misma, y durante los años setenta, afectando fundamentalmente a lo que entonces era la periferia, en la actualidad convertida en parte de la ciudad, incluso en el centro de la misma.

“Fue seguramente cuando se empezó a transformar Murcia a marchas forzadas. Claro, ahora lo miras y era la época del desarrollismo de los 60, porque al año siguiente nos cambiaron a un instituto que ahora es un colegio público, que está junto al tenis, junto al Club de Tenis. Ese era la Primera Sección Delegada. Se llamaba, del Alfonso X el Sabio. Allí nos mandaron. Allí hice yo segundo, y tercero lo hice en el actual Alfonso X

⁴⁷ Los otros estarían situados a la entrada de la carretera de Valencia y en el inicio de la de Madrid, M. Roselló, V. y M. Cano M. Roselló, V. y M. Cano: *Opus cit.*, pág. 183.

⁴⁸ Ver en Línea 7/6/1963, *La Verdad* 7/6/1963 y 23/5/1963.

⁴⁹ "En cuestión de pavimentos,..., podía resumirse en 1961 con decir que sólo el 30% estaba en condiciones aceptables", M. Roselló, V. y M. Cano: *Opus cit.*, pág. 182.

el Sabio, que lo inauguramos también, que era, pues estaba prácticamente en la huerta, Vistalegre, y al final de Vistalegre estaba el instituto, y lo que había detrás era huerta". (J.A.)

Fueron años en los que las distintas intervenciones públicas lograron modernizar el centro urbano, pero crearon al mismo tiempo un cinturón de pobreza a su alrededor que resultaba especialmente llamativo. De hecho, había que desplazarse muy poco, a las Atalayas y al Polígono de la Fama, para encontrar barriadas completas de barracones prefabricados que albergaban a gran cantidad de familias que habían sido desalojadas de sus viviendas para construir la autovía de la Ronda Oeste. Enfrente de estos barracones estaba la huerta.

"Otras veces nos íbamos a comer a casa de un amigo que vivía en un sitio de privilegio, claro, pero que vivía en la huerta, vivía donde está hoy el Narciso Yepes, el colegio ese Narciso Yepes, pues enfrente del Polígono de la Fama, ahí vivía. Tenía su padre unas tahúllas, y una casica, y ahí vivía, y entonces nos íbamos ahí y en la puerta de la casa que había una parra nos sentábamos allí, nos sacábamos nuestras cestas y allí comíamos. Su madre nos daba agua, a veces nos daba algo, me acuerdo una vez que nos hizo una tortilla. Entonces eso era todo huerta, sólo estaba la fábrica de la Hortícola, que está enfrente de la estación de servicio de las Atalayas, nada más, eso lo único que había allí, lo demás era todo huerta hasta las casas de Ayuso esas... que esas sí que estaban, pero por detrás era todo huerta". (J.A.)

Cruzando una calle se entraba en uno de los nuevos barrios proyectados para albergar a familias con muy escasos recursos, el Polígono de La Paz, enclavado a las afueras de la capital, entre La Condomina y la pedanía huertana de Puente Tocinos, y en él se esperaba emplazar a 1.500 familias. El resultado de este proyecto fue lamentable⁵⁰: las viviendas fueron construidas con materiales de pésima calidad y con unas dimensiones ridículas –casas de 40 y 50 metros para albergar a familias, en general, bastante numerosas-. Por su parte, el barrio apenas contaba con servicios, las calles y

⁵⁰ Información extraída del documental *Una historia urbana* realizada, y dirigido por M^a Carmen Lorente y Juan Ruiz Gómez, "Koki", con la participación técnica de un cámara, en formato Súper 8. En este trabajo contaron con la colaboración de la Asociación de Vecinos del Polígono de la Paz, Asociación de Padres de la escuela pública del barrio, Centro de Cultura Popular y Promoción Femenina, así como del párroco de la Iglesia. El objetivo de este documental era llamar la atención sobre las diferencias existentes entre el concepto urbanístico aplicado en el centro de la ciudad y los barrios obreros.

plazas estaban sin asfaltar, convertidas en barrizales durante el tiempo de lluvias y polvorientas el resto del año.

“Los edificios (del Polígono de la Paz) integrados por bloques exentos opuestos por el vértice y algunos otros longitudinales cuya composición urbanística no estaba mal enfocada, fueron ejecutados con una endeblez, penuria y escasez injustificables en su carácter económico”⁵¹.

Esta situación, unida a las características de marginalidad social de un sector de población al que iban destinadas algunas de las viviendas, hicieron que este barrio fuera conflictivo desde sus inicios, concentrándose en él todos los elementos de construcción y urbanísticos propios de las zonas urbanas marginales y los barrios obreros: mala calidad en las construcción⁵², falta de previsión de servicios comunes, excesiva concentración de población. Estas fueron las razones por las que un grupo de vecinos empezó pronto a movilizarse en pro de una serie de mejoras que dignificaran el barrio. En esa misma línea fue la actuación del párroco, al que se podría calificar, en términos de la época, de cura obrero. Sus reivindicaciones estuvieron dirigidas a conseguir zonas verdes y juegos para los niños, una guardería, más y mejor limpieza de las calles, asfaltado de las mismas, centros públicos donde reunirse, a la vez que realizaban llamamientos al vecindario para que adquiriera conciencia de estos problemas y se uniera para solucionarlos.

⁵¹ M. Roselló, V. y M. Cano: *Opus cit.*, pág. 187.

⁵² La visualización de las imágenes de este barrio llama poderosamente la atención, pues el nivel de deterioro es impropio en unas construcciones tan recientes. Las calles llenas de socavones y suciedad; los niños bañándose en las zanjas abiertas para reparar la red de agua o alcantarillado en donde se acumulaba el agua; el patio del colegio era una explanada polvorienta; etc. El recorrido realizado por la cámara nos desplaza a un espacio muy similar a lo que en la actualidad son las ciudades populosas del Tercer Mundo, aunque con pocos vehículos. Información extraída del documental, *Una historia urbana*.



FUENTE: Archivo particular familia González. Las escasas medidas de las viviendas construidas en el Polígono de la Paz obligaban a sus habitantes a convertir pequeños balcones en frondosos jardines, y a los niños a pasar largas horas en la calle jugando, incluso cenando, y huyendo del calor en las noches veraniegas. Ambas actividades no dejan, asimismo, de ser la continuación del estilo de vida de los vecinos, procedentes, en la mayoría de los casos, de viviendas en planta baja con patio o puertas en las que anteriormente las realizaban.

Dentro de los cascos urbanos existían también importantes diferencias entre unas zonas y otras. Las condiciones de los barrios populares, de construcción antigua en general, presentaban unas deficiencias considerables al tratarse de edificaciones que no estaban provistas de servicios básicos (alcantarillado, red de agua,...), y a medida que su deterioro avanzaba fueron alojando a familias con pocos recursos económicos.

“Yo creo que la gente que acudía a esa calle era normalmente gente que venía de fuera. Era gente con escasos recursos, porque la mayoría de casas de esa calle eran casas de alquiler, y eran casas de alquiler que normalmente, por lo menos yo recuerdo en la mía y en la de enfrente y en la de al lado, luego ya fueron haciendo casas distintas, pero normalmente eran casas donde habían tres pisos. El primero era un piso como más confortable, el segundo un poco menos y el tercero era una terraza. Era la mitad de un piso, y una terraza que era común para los otros pisos. Generalmente, el primer piso solía de ser del dueño del resto de la vivienda, los alquileres en aquella zona eran baratos y entonces, claro, la gente que acudía allí era gente que, bueno, que no tenía grandes recursos, que por eso, y eso hacía que fuera fácil la relación con el vecino, porque claro, no entrabas tampoco a romper, ni entrabas con esa especie de suficiencia que te da el dinero, el adquirir una casa, entrabas un poco en plan moderado, más cuidadoso”. (P. P.)

Las personas que vivían en viejos edificios situados en barrios antiguos sufrían, además de las carencias del resto de la ciudad, la discriminación propia de la forma de edificar de finales del siglo XIX y principios del XX: edificios encargados por burgueses en los que la familia principal ocupaba la primera planta, realizada con bastante lujo, tanto en la construcción como en la decoración, mientras los otros dos pisos descendían en calidad a medida que se avanzaba en altura. En el primer piso había balcones, escaleras de mármol, muchas habitaciones con ventanas; en el segundo el suelo era de barro cocido, la baranda de hierro y sin adornos, y parte de las habitaciones no tenían ventanas. Al llegar al tercero todo había disminuido en calidad y dimensiones.

“La baranda ya se había convertido en una baranda hierro finísimo sin, sin figuras y sin nada, simplemente lo que es una baranda para no caerte, y santas pascuas, y luego tenía la mitad de tamaño que la otra. Y había una terraza donde tendían todos los vecinos, y donde tenía la vecina del primero pollos. La dueña tenía los pollos allí en la terraza ésa. Entonces en esa casa ya no había balcones, solamente había ventanas, dos ventanas que permitía que el sitio que teníamos como comedor y la habitación donde dormían mis padres tuvieran ventanas, y ya luego el resto, había otra habitación que era donde dormíamos nosotros, a la que se accedía desde la de mis padres por una cortina, pero que no tenía, lógicamente no tenía ventana ni nada, luego había una especie como de despensa y una cocina Y otra cosa que recuerdo es que la casa era supercalurosa, porque la nuestra, la del tercero, tenía el tejado de uralita. Había un cielo raso y un tejado de uralita, entonces cuando cascaba el palomo en verano, pues yo no sé a qué temperatura se podía poner eso, pero en la habitación era insoportable”. (P.P.)

La situación descrita para la ciudad de Murcia con respecto al agua potable y el alcantarillado se repetía también en Cartagena y en el resto de municipios y pedanías de la Región de Murcia aún durante la década de los sesenta, no llegando a algunos puntos de la Región hasta los años setenta.

“Solían ser casas muy pobres, en la penúltima casa de Cuartel que vivieron mis padres, (...) fue en el Cuartel de Águilas, y no había agua corriente (potable), vivían en un segundo piso y no había agua corriente (potable), había que acarrear el agua hasta arriba, y esto es el año 74”. (I.M.)

Hasta que no se extendió la red de agua potable no se generalizó la construcción de cuartos de baño y aseos en las viviendas. Muchos pisos de los centros urbanos y la

mayoría de las casas de la huerta, se abastecían de un sólo grifo. El retrete, ahora water, se limpiaba con cubos de agua, pues la instalación de la cisterna llegó después que la del inodoro.

“Tanto la del segundo, la del primero no lo sé, tanto la del segundo como la del tercero tenían un grifo en la cocina, y ya está. Y luego había un water, pero que no tenía cisterna ni tenía nada, y cuarto de baño tampoco había. Había una palangana. El cuarto de baño lo pusimos nosotros ya, pero cuando yo tenía quince o dieciséis años. Sin agua, tú llenabas tu cubo de agua en la cocina y lo capuzabas allí”. (P.P.)

“Mi primo cuando fue y tiró de la cadena por primera vez se asustó, pensaba que había pasado algo, porque hacía mucho ruido. Nunca había visto una cisterna”. (I.M.)

Mientras tanto, en muchas casas de las zonas rurales seguía funcionando el retrete en el exterior de la vivienda, consistente en una base de cemento o de madera con un agujero por el que se evacuaba en un pozo ciego. Este ingenio estaba protegido por unas paredes construidas con cualquier tipo de material, desde cañas a cemento.

“Mi gente de la huerta no tenía luz, no tenía agua, era un retrete de agujero que estaba fuera de la casa, entonces yo, pues tenía más comodidades que ellos”. (I.M.)

Gran parte de las viviendas de los trabajadores del campo y de la huerta de Murcia pudieron construirse un cuarto de baño cuando los hijos, ya adultos, empezaron a trabajar, convirtiéndose en motivo de alegría, tema tan celebrado como la adquisición de un calentador. Mientras tanto, el agua se seguía calentando en ollas con las que se llenaban los barreños y, posteriormente, las bañeras o tinas.

“Bueno, ya más adelante, ya cuando era más grande, pues le echó cemento al suelo del patio y enlosó porque ya estábamos trabajando y algo, pero muchas humedades y muchas cosas, siempre. Y cuando hizo la ducha, ¡pues no gocemos mucho en mi casa de que había una ducha!, y cuando puso el calentador, pero a lo mejor yo ya tenía veintiocho años o veinticinco”. (C.G.)

Otra de las características de las viviendas de esta época era la precariedad en la instalación eléctrica, al igual que el suministro, sometido a continuos cortes que limitaban el servicio a unas pocas horas, situación que solamente empezó a mejorar a partir de 1957 como resultado de la política de construcción de embalses de los años

anteriores⁵³. Ambos motivos, unido a las estrecheces económicas, determinaron que, en el mejor de los casos, las viviendas contaran con una bombilla por habitación, aunque lo más frecuente era una compartida para toda la casa.

Otro de los aspectos que identifican esta época es la vida en la calle, la relación entre el vecindario, aún bastante estrecha. En pueblos y barrios era normal encontrarse a las vecinas sentadas en sus puertas, realizando alguna labor, tomando el fresco o escuchando la radio. En zonas más céntricas pero de carácter popular, las relaciones se establecían a través de los balcones y los patios de luces.



FUENTE: Archivo particular familia González. Vecinas escuchando la radionovela. En los nuevos edificios de los barrios de reciente creación, como el Polígono de la Fama, en donde ni las viviendas ni el entorno de las mismas favorecían el encuentro entre las vecinas, las escaleras del edificio eran un buen punto de reunión.

“Las Corralas esas que tienen un patio común donde convive mucha gente al mismo tiempo y suele haber cierta familiaridad con cierto tonillo de alegría, de picaresca, sin que la gente tuviera mala uva. O sea, el entorno en sí era muy agradable, muy agradable en ese sentido, con muchas dificultades económicas, pero que la gente en vez de tener una sensación de tristeza o de amargura por esas dificultades económicas, pues tenía una cierta alegría para sufrir la situación, de hecho en mi calle era raro que no se oyera siempre a alguien cantando, alguien tocando la guitarra, una radio puesta fuerte, cosas de ese tipo. Yo lo recuerdo con mucho cariño. La gente se relacionaba sobre todo a través de los balcones, la calle es estrecha y las mujeres yo recuerdo mucho eso, de estar hablando por los balcones, por los patios de luces, en esa situación.” (P.P.)

⁵³ Ver Abella, R.: *La vida cotidiana bajo el régimen de Franco*, Temas de Hoy, Madrid, 1996, pág. 199.

3. TIEMPOS DE CAMBIO: DE LAS CÁRCELES A LAS LISTAS ELECTORALES

En los pueblos, e incluso en algunas zonas de la ciudad aún impregnadas de las tradicionales formas de vida de la huerta y el campo, los vecinos se relacionaban en la calle, lo que no indicaba que el aspecto de éstas hubiera cambiado mucho con respecto a épocas pasadas, pues mantenían un aspecto desolador. Durante esta década de los sesenta los pueblos sufrieron, al igual que las zonas más antiguas y deterioradas de las ciudades, el abandono de parte de sus poblaciones, que se dirigieron hacia las periferias de los grandes núcleos urbanos, tanto regionales como nacionales, y hacia la emigración exterior.



FUENTE: Archivo particular J.V. Imagen que no difiere en casi nada, exceptuando el atuendo de los chavales, de la que se hubiera hecho una década antes: calles vacías y predominio de los colores oscuros y el negro en la vestimenta, y otro cambio, ahora se observan bicicletas en vez los carros de épocas anteriores.

Un aspecto interesante que formó parte del paisaje humano de aquella época fue la presencia de una serie de personajes asociados a los barrios y pueblos. Entre ellos se encontraban “los pobres”, mendigos que eran fijos de cada pueblo, de cada familia, supervivientes de la guerra, que no volvieron a tener sitio en la sociedad. Eran hombres

y mujeres que se limitaban a pedir un plato de comida o un trozo de pan: El cine los inmortalizó como prueba de la falsa moral de los bienpensantes del momento⁵⁴.

Otras figuras que habitaron muchas calles de los barrios viejos de las ciudades fueron las prostitutas. Así se podía ver en el barrio del Molinete de Cartagena, en la Cuesta de la Magdalena o en el barrio de San Juan en Murcia, todas ellas zonas de la ciudad muy deterioradas por el paso de los años y por el abandono. Calles y casas viejas, oscuras, sucias, con edificios abandonados y otros en estado ruinoso, aunque no diferían mucho de otros barrios de las ciudades. Éstas eran calles proscritas para las gentes que se consideraban honradas, se hablaba de ellas en voz baja, se decía a los niños que no pasaran por allí, sin explicarles la razón.

“Pues el sitio donde nací es un sitio muy peculiar, es la calle San Fernando. La calle San Fernando es un sitio que hay justo en la bajada del Molinete, entonces al ser una calle que está justo a la bajada de Molinete, pues tradicionalmente ha sido una calle donde han convivido familias humildes de trabajadores normales y corrientes con algunas prostitutas que, bueno, que ejercían su trabajo más o menos por ahí. Pero sin existir en lo que es la calle en sí ni bares, ni club de alterne ni cosas de esas, solamente que allí estaban las mujeres, montaban su negocio y santas pascuas y alegrías”. (P.P.)

Otro de los rasgos distintivos de las calles en estos años fue la ropa colgada en los balcones y en las fachadas de las viviendas, costumbre popular que las autoridades intentaron combatir por considerarla poco estética, encontrándose en ocasiones con la resistencia de las mujeres del vecindario al carecer de otro lugar donde tender la colada.

“Solamente hubo un tontarra de alcalde, que fue el padre de Federico Trillo, que intentó que todas las casas de Cartagena, no tendiera nadie en la calle, no viera desde las calles ropa tendía, y mando un guardia, allí en Cartagena había tres o cuatro guardias municipales, pues mandó un guardia a todas las casas a decir, vamos, que los multaba, y me acuerdo que eso fue uno de lo pocos conatos de rebeldía de pequeño, de tener, eso tendría yo a lo mejor seis o siete años o una cosa así, de que las mujeres de mi calle, empezando por mi madre, le hicieron subir a las casas, le quitaron la ropa que estaba tendía y le dijeron que le dijera a la mujer del alcalde que viniera ella y que la tendiera, haber dónde coño la tendía”. (P.P.)

⁵⁴ El mejor exponente cinematográfico que aborda este asunto es la película de Luis G. Berlanga, *Plácido*, de 1961.

3.2.2. COMER, COMPRAR, VESTIR EN TIEMPOS DE CAMBIO

El tiempo de las grandes hambrunas se había superado, había acabado el racionamiento, pero la comida seguía siendo escasa y limitada a unos pocos productos, con una dieta pobre en proteínas. Se comía pan, mucho pan y legumbres, muy poca carne, huevos, pescado o leche. La carne sólo estaba al alcance de unas pocas familias adineradas y en aquellas otras que podían criar animales para consumo propio.

“Las tiendas que habían por allí tenían carne, pero era muy poca carne, y a lo mejor una tienda tenía una pierna de cordero y punto, no se veía como ahora piernas, chuletas no sé cuantos, tenía a lo mejor, una pierna de cordero, un poco de hígado, un pollo, y ya está, porque la gente era pedir un nada. También los huevos se compraban por unidad, no se compraban docenas de huevos. La leche era una cosa que, bueno, que la repartía el lechero, y tampoco se compraban grandes cantidades, no se bebían tres, cuatro vasos al día, cosas de esas nada, la leche era una cosa que se tomaba un vaso y santas pascuas y alegrías. Lo que comía mucho era tocino, sobrasada. Si que recuerdo mucho tocino, mucha sobrasada, mucho aceite, muchos bocadillos de aceite, mucho pan, es lo que más recuerdo”. (P.P.)

Poseer tierras o tener familiares que las tuvieran seguía siendo una garantía alimentaria, pues podían proporcionar aquellos alimentos que no se podían pagar en los comercios.

“Si, porque en mi caso, que aunque éramos muy pobres, siempre estuvimos muy bien acomodados, nunca faltó de nada. Hay otras familias que conozco que si, de mi edad, oye, que tenían apreturas. Eh! esto que te digo, el hecho de que mi padre, aunque tuviera un sueldo raquíutico, tenía un sueldo fijo, y el que en la huerta siempre había. Hombre es que en aquellos tiempos y un sueldo raquíutico, el saber que vas a la huerta y te traes el conejo, te traes la gallina, te traes el pavo para Navidad, te traes el saco de patatas. Eso, en una economía precaria era mucho, pero mucho, mucho”. (I.M.)

Para las familias trabajadoras la carne era un producto de lujo que se consumía en muy pocas ocasiones, y una de ellas era cuando algún miembro de la familia enfermaba y el médico le recomendaba que la tomara en la dieta.

“Sí que me acuerdo, mi padre estuvo malo del hígado, que tuvo una piedra en la vesícula y eso, que estuvo bastante mal, y le mandaron dieta y tenía que comer carne, pierna a la plancha, que no lo podía comer todos los días, pero claro, entonces, mi padre le sentaba muy mal porque él se comía toda la carne, no había posibilidad de comérsela nadie más. Y aquello a mí me llamó atención, me llamó la atención ver como mi padre no estaba, vamos, no estaba a gusto con esa situación, porque era así. Es una cosa que me impactó”. (P.P.)

Con esta situación es fácil entender que cuando en una casa entraba carne en abundancia -un jamón, un pavo- la fiesta fuera general

“Yo me acuerdo, en mi casa se compró un jamón una vez, cuando yo tenía catorce años, no sé por qué, si es que a mi padre le darían alguna paga especial, alguna historia, y ese es el único jamón que he visto yo en mi casa, el jamón ese, parecía el jamón el Cristo ése que ponen en las casas con la capillica, una cosa parecida, menuda historia del jamón”. (P.P.)

La carne que estaba más al alcance de los bolsillos populares era la de cerdo, que se consumía sobre todo en forma de embutidos. La comida fuerte del día, la del mediodía, era a base de legumbres y muchas patatas.

“Lo normal eran todo ese tipo de guisorios, potajes, garbanzos con... El cocido era también una comida muy especial. Se hacía también garbanzos con un poquico de carne con mucho tocino, y todo eso le daba un poquico de consistencia, patatas muchas”. (P.P.)

Al iniciarse la década de los sesenta las abnegadas amas de casa conocieron un invento que les vino a facilitar la vida: se trataba del hornillo de butano, desterrando desde entonces de las cocinas el hornillo de petróleo.

“La primera novedad fue en Orihuela en los años, me acuerdo perfectamente, podía ser en el año 63 o así,..., lo primero que llegó fue un hornillo de gas butano. Hasta entonces usábamos un hornillo de petróleo, y era un hornillo de dos o tres fuegos que se ponía encima del poyo de la cocina, no tenía horno ni nada de esto”. (I.M.)

Uno de los recuerdos que se mantiene muy vivo en los testimonios es el de las meriendas de la infancia durante estos años, tardes de bocadillos que casi siempre se repetían, pan con aceite o pan con chocolate; en este último caso no siempre se trataba de un regalo para el paladar infantil, ya que el chocolate era un bien escaso, con lo que el chaval se podía encontrar con una cantidad tan pequeña que se convertía en problema, o sencillamente solía tratarse de un sucedáneo, con frecuencia bastante malo.

“Mi casa no ha sido una casa de mucho chocolate, pero el pan con chocolate sí, lo que pasa es que a mí siempre me ha gustado más el pan con aceite, porque el pan con chocolate era una oncica de chocolate y mucho pan, entonces tenías que ir haciendo ahí un estudio para que no se te acabara el chocolate que era la hostia” (P.P.)

Otros sucedáneos muy populares entre los chicos fueron el “Almendracao” y el dulce de membrillo de colores, merienda que solía hacerse en la calle, entre juegos, por lo que resultaba fácil que el bocadillo se perdiera, a pesar de las advertencias de las madres que aun tenían muy presentes las penurias de años anteriores, por lo que consideraban que tirar el pan era casi un delito, recomendando, incluso, que si no se iba a comer, se dejara de manera que otra persona que lo encontrara lo pudiera aprovechar.



FUENTE: Archivo particular familia González. Merienda en una tarde de verano. En las calles y plazas de barrios y pueblos, correteaban los niños con el bocadillo recién hecho por sus madres en la mano, frecuentemente más ocupados en el juego que en la comida.

Al inicio de este periodo los utensilios de cocina eran bastante escasos, produciéndose un cambio radical al final del mismo, pasando de la fuente única al centro de la mesa sobre un hule que la cubría, a los platos de “Duralex” y los muebles de “Formica”.

“En la mesa nunca hubo un mantel. En casa de mis abuelos, había un hule. Hay una cosa que no sé si tiene que ver con lo que era la casa, y es que los críos en casa de mis abuelos paternos no comían en la mesa hasta que se hacía la comunión. Y eso, comíamos en el suelo, con nuestros platos sentados en el suelo”. (I.M.)

El anterior testimonio hace referencia a una costumbre muy arraigada en las zonas rurales, la de no sentar en la mesa con los adultos a los niños hasta que no recibieran la primera comunión, costumbre que recuerda las grandes diferencias existentes entre los centros urbanos, a los que poco a poco iban llegando los avances y las nuevas modas, con respecto a las zonas rurales a las que, a pesar de la escasa distancia, tardaron mucho más en llegar.

A medida que avanzaba la década un nuevo fenómeno hizo su aparición en la vida de las familias. Los horarios laborales, cada vez más rigurosos, obligaban a un cambio en las costumbres de todos aquellos trabajadores que tenían que desplazarse a lugares de trabajo alejados del domicilio, no quedando tiempo para que pudieran comer en casa⁵⁵. Si durante muchos años cuando se daba esta situación se solucionaba con la tradicional fiambarrera, ahora serán las cafeterías, los platos combinados o el menú único, la alternativa al problema. En otros casos fueron las propias empresas las que ofrecieron este servicio a sus obreros, e incluso, durante algunos años, distintos grupos de izquierda se organizaron para montar los conocidos como “comedores populares”.

“Y pasa con los comedores populares una cosa parecida, coño, que aquí en el barrio de Los Rosales, un barrio obrero y tal, surge la necesidad, y yo me entero ¡oye! que Murcia, otro comedor, ¡oye! Y ni conozco quién lo ha organizado aquí ni quién lo ha organizado allí. Éste que se organizó aquí en Los Rosales pues, pues nada, fue unos bajos comerciales que no sé si los tenía el Ayuntamiento o unas monjas nos dejaron y tal, lo habilitamos con la decoración propia del obrerismo ¿no?, pues un trabajador con un yunque, el otro no sé que y tal, y un plan completamente económico, simplemente para los gastos, y lo que más se valoraba era el hablar, el estar allí, organizar paralelamente a la necesidad cubierta de comer todos los días, porque la cercanía del trabajo te permitía comer allí, organizar algunas tertulias en común, como pueda ser algunas fiestas de Navidad o tal, pues celebrarlas conjuntamente”. (J.S.)

La década de los 50 había finalizado con una fortísima crisis que dio lugar al diseño y puesta en marcha del Plan de Estabilización, que lejos de mejorar las condiciones laborales y de vida de los españoles, depreció los salarios de muchos de

⁵⁵ Fue, según Abella, la influencia americana la que nos trajo el estilo de vida basado en la prisa, *Opus cit.*, págs. 199-200.

ellos, y a otros los llevó al paro o a perder la posibilidad de seguir realizando horas extras, todo ello con la intención del régimen de mejorar las macrocifras económicas del país⁵⁶. Tal es así que, al preguntar a la gente sobre los aspectos de su vida relacionados con la alimentación o con el vestido, volvemos a encontrarnos con situaciones muy similares a años anteriores, aunque eso sí, el hambre casi había desaparecido.

Las compras se seguían haciendo en gran medida fiadas. Se retiraban del comercio más cercano aquellos productos básicos necesarios, y se pagaban al cobrar a fin de mes. Esta debía ser una relación basada en la confianza, pero no siempre funcionaba, pues se trataba de un sistema en el que cabía la posibilidad de que el tendero se enriqueciera a costa de “exprimir” al vecindario, pero también de que se arruinara si no cobraba lo que ya había servido.

“La gente solíamos comprar casi todo el mundo de fiado, yo no sé si llamarle a eso de fiado o no, porque era una cosa de fiado relativa, la gente siempre tenía el dinero muy escaso y normalmente antes de final de mes siempre había que ir comprando cosas y pagándolas después, pero no habían grandes fraudes, es decir, que la gente por lo general, ese dinero que adeudaba después lo pagaba, es decir, que no había picaresca con respecto a eso ni engaño. Y no, salvo así en raras ocasiones, los dos tenderos no tenían pegas para dejarle fiado a la gente”. (P.P.)

El sistema para adquirir ropa era similar. Tiendas y vendedores ambulantes vendían “a cuenta”, y, normalmente, las mujeres iban pagando poco a poco lo que debían, aunque la cuenta nunca se cerraba, pues cuando habían terminado de pagar una cosa compraban otra. Así, por ejemplo, se completaba el ajuar.

⁵⁶ José Gómez señala que “sería a finales de los años cincuenta, con el agotamiento del modelo autárquico, cuando aparecieron los primeros cambios en la política económica y en consecuencia en el aparato productivo. Con el Plan de Estabilización se produjeron ajustes internos del trabajo y de su valor, ligándolo a factores de productividad, como la intensidad, la duración de la jornada, los ritmos y la calidad del trabajo. Esto se convertiría en un pretexto para mejorar la productividad, disminuyendo los costes sociales y habría que esperar a la negociación de los primeros convenios, para que se produjera la introducción de nuevos elementos de racionalización del trabajo. En Galicia, esas primeras medidas dieron lugar a un endurecimiento de las condiciones de trabajo; a la disminución del valor de primas y horas extras, o los intentos de supresión de éstas y su incorporación a la jornada normal (...) El rechazo de la clase obrera a estos efectos del Plan de Estabilización, originó las primeras muestras de descontento colectivo, y los primeros conflictos que salieron del marco de las factorías al mismo que aumentaban sensiblemente las protestas y reclamaciones individuales”. Véase Gómez Alén, J.: “La organización del trabajo y los conflictos laborales en Galicia, 1960-1975”, en Castillo, S. (Coord.): *El trabajo a través de la historia*, Madrid-UGT-Centro de Estudios Históricos, Asociación de Historia Social, 1996, págs. 543-550.

“La ropa también recuerdo que la comprábamos en una tienda donde se pagaba una cantidad, no sé si era todos los meses o todas las semanas, pero que alguna forma había como una especie de cuenta, y entonces pues ahí se iba pagando. Me imagino que mi madre, que era la que iba organizando eso, pues cuando quedara ya poco de la cuenta es cuando podía decir: pues bueno ahora compro esto que hace falta”. (P.P.)

“Que tampoco es que era lo más importante la ropa, lo más importante era la comida y yo que sé, si tomabas una cuenta en el ropero cuando venías a terminar de pagarla se había roto la ropa. Ya antes de acabar ya tenías que empezar otra vez porque esa ropa se había roto, eran malos géneros y se rompían. Pero la vida circulaba así”. (D.A.)

La mejoría económica de los sesenta hizo posible que muchas familias, gracias al esfuerzo de todos sus miembros, pudieran plantearse adquirir otros utensilios y aparatos, como los electrodomésticos. Uno que pronto ocupó un espacio en los hogares fue la máquina de coser, aunque lo normal era que entrara como una forma más de ayuda económica, pues muchas mujeres cosían o bordaban además de, para la familia, para otras personas, y con eso ayudan a la economía familiar, trabajo que siempre era preferible al del campo o las fábricas, además de que se podía compatibilizar con la atención a la casa.

“Claro que era grande y ya tenía yo lo menos veintiún año o por ahí, porque ya estábamos trabajando, ya hasta mi madre compró una máquina de coser para pagarla poco a poco, de lo que íbamos trabajando, porque ya entraba algún sueldo a mi casa aunque fuera poquico, y porque echábamos más horas que un reloj”. (C.G.)

Electrodomésticos y letras son dos conceptos que los testimonios recabados unen indisolublemente, y de todos los aparatos eléctricos, el que mejor acogida tuvo fue el televisor. Cada casa, indistintamente de la condición económica, acudió a adquirir uno. Un gran aparato en blanco y negro, que emitía unas horas al día, y que hacía las delicias de pequeños y mayores, y también del gobierno, que encontró en él un medio inmejorable de adentrarse en el interior de cada domicilio.

“Antes del 67, 66 o por ahí, compró un frigorífico y una tele, eso es, fue a mediados de los sesenta, un frigorífico y una tele. Y a la huerta no, tardó mucho más, muchísimo más, mis abuelos nunca tuvieron nada de esto, y mis tíos, pues bastante más, en los 70 avanzados”. (I.M.)



FUENTE: Anuncio publicitario de 1975 aparecido en *Conozca usted Murcia. Guía de la Provincia*. Aparato con el que se consiguió uniformar estilos de vida, aspiraciones, necesidades y la ilusión de una vida representada, primero, en blanco y negro y, después, a todo color, pero que en muchos rincones de España era inalcanzable. Cumplió, además, la función de retener y ocupar a la población en aquellos momentos que el régimen consideraba especialmente sensibles, celebración del 1º de Mayo, manifestaciones, etc., programando en esos días gran cantidad de corridas de toros o partidos de fútbol de los grandes equipos.

Paralelamente entraron en los hogares los frigoríficos y, con un poco más de resistencia, las lavadoras. Las primeras en hacerlo eran unos aparatos muy sencillos, un recipiente con motor que, aunque aligeró levemente la tarea de lavar la ropa, seguía requiriendo gran cantidad de tiempo y trabajo, pudiendo ocupar en una familia normal de esos años (cuatro o cinco miembros) un par de días para realizarla. Y eso que la cantidad de ropa seguía siendo escasa, normalmente dos juegos, uno para diario y otro para el domingo, para ir a misa, y pasaba de los hermanos mayores a los más pequeños, por lo que se tenía mucho cuidado en su conservación.

“... incluso tener necesidad, que sé yo, pues la ropa y tal, pues pedirla a los vecinos que tenían más, que estaban mejor”. (J.S.)

“La ropa de aquella época, depende, depende, el mayor siempre estrenaba ropa, los que le seguían lo normal es que fueran usando la ropa del mayor. Lo normal era también que tuvieras un pantalón y otro pantalón de repuesto. El pantalón era el pantalón de toda la semana, y el otro era el pantalón de los domingos. Cuando el pantalón de los domingos, que yo creo que ni llegaba a darse el caso, porque era el que después se pasaba al hermano, con el calzado ocurría exactamente igual. El calzado, lo normal era tener uno, que se limpiaba bien el domingo, y a tomar viento”. (P.P.)

Una de las mayores obsesiones de las madres y, por tanto, uno de los mayores problemas para los hijos, era volver a casa con alguna prenda rota. Esto suponía,

además de un disgusto, que la madre encontrara la manera de arreglar el roto: toda la ropa se arreglaba, se hacían remiendos, zurcidos, arreglos de todo tipo para sacarle el máximo provecho al atuendo.

“La ropa se cambiaba poco. Yo creo que nos bañábamos una vez a la semana, creo no, nos bañábamos una vez a la semana, y era el momento en el que se cambiaba la ropa. Y había que tener un especial cuidado en no mancharse, no romperse las rodillas del pantalón. Cuando jugabas al fútbol lo más terrible era que cuando llegabas a tu casa te podían caer como palmeras como te hubieras hecho algún roto o alguna historia, que era relativamente fácil. Y luego existían unas cosas, que después se han puesto más o menos de moda en algunas cosas, que eran las coderas y las rodilleras que se colocaban encima del pantalón para tapar los rotos, porque había veces que ya los sietes esos no había manera de coserlos ni de ponerlos en su sitio”. (P.P.)

Estrenar ropa era tan poco habitual que se convertía en una fiesta para el agraciado, aunque existía cierta tradición en hacerlo en fechas muy concretas, es decir, había una especie de calendario para estrenar ropa: podía ser el Domingo de Ramos –día en el que el dicho popular decía “quien no estrena no tiene manos”- o por Todos los Santos, aunque lo más normal es que se estrenaran calcetines y ropa interior, o, sencillamente que no se estrenara nada. La ropa, que seguía siendo excesivamente cara, obligaba a su cuidado y los arreglos la eternizaban.

“Y si alguna vez te decían: voy a comprarte una camisa, voy a comprarte un pantalón. Pues aquello era una especie como de fiesta, y se hacía, desde luego, como una cosa muy especial. Yo no sé en otros sitios cómo sería, pero eso que dice la gente, no sé en qué fecha que tienes que estrenar algo, pues nada, no se estrenaba”. (P.P.)

Había otra forma de estrenar ropa a la que se recurría con frecuencia, y que solía dejar un rastro de frustración en el afectado: era cuando las madres reconvertían una prenda vieja en una nueva.

“Si que había muchos arreglos de ropa, yo que sé, de un pantalón largo que se convertía en corto, un pantalón, una blusa de mi madre que se convertía en una camisa. Arreglos de esos que bueno, que se hacían porque no había otra cosa”. (P.P.)

La situación era similar para todos los miembros de la familia, e incluso para la ropa de casa, que escaseaba de tal manera que apenas eran necesarios armarios para guardarla.

“De hecho armario en mi casa había uno, pequeño, y allí estaba la ropa de todo el mundo, es decir, que no tendría que haber mucha ropa para que en un armario cupiera todo”. (P.P.)

Otra fórmula igualmente cara pero también muy utilizaba en esos años consistía en comprar retales y hacer con ellos la ropa, bien en la propia casa, ya que normalmente las mujeres sabían coser, o recurrir a alguna de las muchas vecinas que se dedicaban a ello.

“O bien, que era la otra posibilidad que existía, que también nos lo hacía mucho, una mujer que cosía allí al lado de mi casa, que le daba, vamos, que compraba unos retales y te hacía la ropa. Pero de todas formas los retales esos yo creo que tampoco serían muy baratos porque dispendio de ropa no había”. (P.P.)

Ya al final de la década de los setenta se empezaron a notar cambios, más que nada debidos a la influencia de la moda. La televisión había llegado a muchos hogares y con ella las nuevas tendencias. Fruto de esa influencia, de los cambios económicos y de las modas extranjeras, fueron los pantalones vaqueros, las faldas cortas o el pelo largo en los varones. La televisión mostraba imágenes de jóvenes de otros países en conciertos, jóvenes con una apariencia muy diferente a la que aquí se podía observar. Unos eran hippies, corriente que para las chicas representó liberar sus cuerpos de sujetadores y otras prendas opresoras, optando por prendas muy sueltas y coloristas, largas melenas con adornos florales, sandalias y zapatos planos, desterraron de los armarios los, hasta ese momento, femeninos tacones. Para ellos, supuso la pérdida del perfil típico del varón, se dejaron crecer el pelo y la barba, vistieron pantalones vaqueros y camisas sueltas, desterrando chaquetas y otras prendas masculinas, consideradas por un buen número de jóvenes como representativas de un modelo burgués que querían abolir, planteamientos a los que se sumaron militantes de izquierda, aunque en este caso en base a la cultura obrerista de la que hacían gala en esos momentos. Esta nueva imagen de unos y otras no gustó nada en el suelo nacional, provocando las iras y críticas de autoridades en general y de padres en particular. Mejor

acogida tuvo en la televisión nacional la imagen de las chicas ye-ye, representada por las escasas cantantes de moda, que no dudaron en acortar las faldas y adoptar como prenda habitual en su vestuario el pantalón, toda una revolución para las mujeres, sin perder por ello la feminidad. Ellos se dejaron crecer un poquito la melena, vistieron un poco más informales, aunque sin abandonar del todo el traje de chaqueta.



FUENTE: Archivo particular familia Andújar. El avance de los años trajo consigo cambios considerables en las formas de vestir, sobre todo entre jóvenes y adolescentes. Uno de los más significativos fue la disminución del largo de faldas y vestidos que dejaban ver las piernas de las chicas, sin olvidarse de las mangas, brazos y hombros, que también quedaban liberados en verano. Todo ello con gran esfuerzo de las madres, que se esmeraban entre patrones y revistas para sacar aquel modelo que las hijas querían lucir, eso si, casi siempre adecentándolo un poquito.

3.2.3. ÁMBITO FAMILIAR Y COTIDIANO: DE LOS JUEGOS DE INFANCIA AL NOVIAZGO

Los recuerdos referidos a la parte lúdica de la infancia son de distinta índole, y lo son en función de la propia experiencia de cada uno de los entrevistados. Los niños que pudieron jugar, jugaban mucho y lo hacían en la calle, eran juegos de correr, saltar, esconderse, y con suerte jugaban con un balón, que aún era todo un tesoro codiciado, aunque no todos los niños podían jugar, pues eran muchos los que tenían que trabajar o ayudar en las faenas familiares.

“Recuerdo un pueblo sin asfaltar. Tenía dos calles, una que era la carretera y otra que era la calle mayor o la calle principal, y después algunos callejones donde los críos jugábamos, todos los días jugábamos en la calle, todos los días jugábamos al fútbol, a los indios, al marro de la cadena, que le llamábamos, al pañuelo... En los veranos, sobre todo, que las tardes eran enormes de largas, nos juntábamos en la puerta de la iglesia, en la plaza de la iglesia, que entonces era el punto así de encuentro más amplio, pues a jugar a todo eso”. (P.P)

Una de las actividades preferida de los niños de estos años fue jugar a las peleas. En cada calle, en cada barrio, en cada pueblo se encontraban bandas de amigos ocupados en preparar las estrategias oportunas para atacar a la banda contrincante, compuesta a su vez por otros niños de la misma zona, a veces se enfrentaban –emulando a los mayores- a los de otro barrio o al pueblo vecino, con el que siempre existía algún tipo de enfrentamiento.

“Y el primer juego, el juego que se llevaba la palma era el de las peleas, ese era el juego que cualquier otro estaba en segundo lugar, era hacer una banda para pelearte con la otra, y cómo nos peleábamos, pues con piedras, con tirachinas, nos hacíamos arcos con flechas”. (I.M.)

Las peleas entre niños, que inicialmente no respondían a ninguna razón, pues no existía motivo real para ella, sí que produjeron algunos accidentes de los que salía algún malherido y no pocas rencillas entre las madres.

“Igual que nos peleábamos mañana podíamos estar juntos. A veces duraba tiempo, porque cuando a mi me pegó aquel la pedrada detrás de la oreja que me dejó casi sordo, pues yo tardé en hacer otra vez amistad con él, pero él también se llevó otra mía y también tardó en hacer, pero luego volvíamos, que no había rencoras”. (I.M.)

Había escasez de juguetes por lo que había que recurrir a la imaginación y a la habilidad para jugar.

“Los juguetes que había eran indios, indios así pequeñicos, esos de plástico, que se iban juntando y al final tenías un puñado con los que te podías montar tus batallas y tus historias, que además yo tenía la suerte de que mi tío Paco, que era muy habilidoso, me los cambiaba, los calentaba, les iba cambiando la forma”. (P.P.)

Los niños que vivían en las ciudades se encontraban con bastantes problemas para poder jugar, más que nada al que era su juego favorito, el fútbol.

“Y además de una manera muy curiosa porque no había sitio donde jugar al fútbol, el único sitio donde podíamos jugar, porque en la calle no se podía jugar, por lo menos en la mía, entonces nos íbamos a jugar normalmente a dos sitios, a la Glorieta o a la calle Real. En la calle Real teníamos unas porterías que eran cojonudas, que eran los bancos de sentarse, entonces teníamos que jugar con una pelotica muy pequeña... Y en la Glorieta había más sitio, lo que pasa es que tanto en un sitio como en otro teníamos el problema del guardia, estaba prohibido jugar al fútbol en el jardín, en la Glorieta y en la calle, entonces el guardia si nos veía nos quitaba la pelota, lógicamente, y esa pelota ya desaparecía. Con lo cual teníamos que estar siempre muy pendientes, porque el guardia tenía además muy mala hostia, y aparecía por detrás del quiosco sin que nadie se diera cuenta. Entonces siempre jugábamos al fútbol con la pelotera de que el guardia no nos pescara”. (P.P.)

Y por extraño que pudiera parecer, en las calles de los pueblos se repetía el mismo problema. A los mayores no les gustaba que los niños jugaran a la pelota. Las mujeres se enfadaban cuando los niños salían a jugar porque se les colaban los balones a los patios y ponían en peligro cristales y plantas.

“Los críos nada más que teníamos un sitio para jugar, que era la Plaza de la Iglesia o en una calle, el resto de los sitios no se podía jugar, si íbamos a la Plaza de la Iglesia el cura se metía con nosotros, si íbamos a determinada calle, lo más probable es que el balón saltara una tapia y se colara en el patio de la vecina, o si la vecina salía en aquel momento a rociar la puerta, nos estaba echando de ‘su puerta’, decía ella”. (J. A.)

Niños y niñas jugaban por separado y normalmente a juegos distintos. La excepción se presentaba en las largas noches de verano, momento en el que se recurría a una serie de juegos que eran compartidos, cosa que no siempre veían con buenos ojos las madres de las niñas. Estos eran juegos de corro, de saltar la comba o los disparates⁵⁷.

“Jugábamos críos y crías todos juntos, al oficio mudo, a eso que se baila, que se pone una fila de críos a un lado y la otra enfrente y entonces se pasa por medio y cantan ‘estaba el señor don gato’ y no sé que, o, ‘ha salido no sé quien vestido de torero’”. (J.A.)

Una de las ventajas que tenía vivir en la huerta o en un pueblo era que los niños podían hacer pequeñas escapadas, sobre todo en verano, a descubrir rincones, a buscar fruta en la época de los albaricoques y de los melocotones, o a darse un baño en la

⁵⁷ Gran repertorio de las canciones y retahílas utilizadas en este tipo de juegos en Guerrero Ruiz, P. y López Valero, A.: *Poesía Popular Murciana*, Universidad de Murcia, 1996.

acequia, aventuras que solían acabar con buen castigo de los padres si es que se enteraban.

“Y cuando era la época de la fruta, (...) entonces en los veranos también hacíamos fechorías de irnos por ahí a robarle los melocotones a fulano o a mengano, (...) eso cuando éramos más mocicos”. (J. A.)

“No jugábamos a nada, estábamos todo el día corriendo por la huerta, inventándonos historias, subiéndonos a los árboles, cazando ranas y bañándonos en las pozas, yendo a las casas ajenas a que nos dieran agua, a platicar con las abuelos de aquí y de allá, y no había ningún juego”. (I.M.).

La familia seguía considerándose uno de los pilares de la sociedad, junto con el municipio y el sindicato, y su función principal era traer hijos al mundo, eso sí, sin placer:

“En la cama, como queda dicho, se ponían en danza todos los fantasmas: el hombre nunca quiso, exacerbado su machismo y su miedo por el ambiente moral de la dictadura, despertar la curiosidad sexual de su mujer, que quedó reducida, de algún modo, a la condición de hormiga reina, que luego de desplegar sus alas en el cortejo, en el vuelo nupcial, se las arranca cuando es fecundada. Con la llegada de los hijos, la española dejó de ser ella misma, de pensar en ella misma y por sí, si es que alguna vez lo había sido y había pensado de esa manera. Aquellos hijos concebidos tan a menudo sin amor, aunque con muchísima decencia (mirando a la lámpara, pensando en otra cosa), salían finalmente hermosos y rollizos, preciosos, como preservados en origen contra los vicios del hombre”⁵⁸.

Durante los años comprendidos en este periodo se había impuesto el modelo de familia nuclear -padre, madre e hijos- pero lo cierto es que el número de hijos por pareja seguía siendo bastante elevado, eran muchas las familias numerosas⁵⁹. Pero será a partir de la década de los setenta cuando se produzca el mayor de los cambios, empezando a imponerse la idea de “la parejita”, es decir, un hijo y una hija, con eso era suficiente. Paradójicamente esto sucedía en un tiempo en el que la edad de contraer matrimonio se

⁵⁸ Torres, R.: *La vida amorosa en tiempos de Franco*, Ed. Temas de Hoy, Madrid, 1996, pág. 109.

⁵⁹ Familia numerosa era aquella compuesta por cuatro o más hijos, calificadas en Categoría 1 –de cuatro a siete-, Categoría 2 –más de siete-, Categoría de Honor –más de doce-. El total de ellas pasó de 160.000 en 1955 a rebasar el cuarto de millón en 1966. En Torres, R.: *Opus cit.*, pág. 107.

rebaja en unos pocos años⁶⁰ como consecuencia de la mejora de las condiciones económicas, hecho al que hay que añadir otro cambio: las nuevas generaciones rechazaron la manera de entender el matrimonio de sus progenitores.



FUENTE: Archivo particular familia Andújar. Durante muchos años se instó a los matrimonios españoles a que tuvieran tantos hijos “como Dios quisiera”, no había mayor problema pues “venían con un pan bajo el brazo”, pan que no encontraban los padres para mantener a tanta prole más que a base de trabajo y abnegación.

A todos estos factores hay que añadir que “el milagro económico” no llegó por igual a todos los puntos de la geografía nacional, ni tampoco de la regional. De hecho, las condiciones laborales y de vida de muchas zonas rurales y proletarias eran bastante precarias, razón por la que se mantuvo durante tiempo la costumbre de las fugas de novios, decisión de la que no fue ajena, ya en los últimos años del franquismo, la obsesión por alejarse de la tiranía paterna⁶¹ concretada, para las chicas, en la imposición y mantenimiento de las más rancias normas defendidas por la moral católico-franquista: el destino de la mujer era el matrimonio y a él debía llegar pura. Para preservar esa pureza había que evitar a toda costa que tuvieran la más mínima ocasión de perdición,

⁶⁰ En 1960 la media de edad para contraer matrimonio estaba situada en 29'65 años en los hombres y 26'35 en las mujeres; en 1975 la media estaba en 26'34 y 23'66 respectivamente, ver en VV.AA.: *Informe Sociológico sobre la Juventud Española 1960-1982*, opus cit., pág. 81.

⁶¹ Ver en Torres, R.: *Opus cit.*, pág. 84.

por tanto, no salían, y si lo hacían debían hacerlo acompañadas, vigiladas, asunto muy contestado por ellas en estos tiempos⁶².

Otra de las razones para fugarse, “llevarse a la novia” o “irse con el novio”, además de la anteriormente citada, era la de no disponer de medios económicos⁶³ para hacer frente a los gastos de las bodas, a pesar de que éstas eran muy sencillas, consistentes en la compra del traje –de blanco ella y oscuro el de él- y un pequeño convite con tarta y anís. Otro motivo, éste de más calado, era el de la vivienda. Muchas parejas no podían tener la suya propia y tenían que quedarse en una habitación en casa de los padres o suegros; lo mismo les ocurría con el ajuar.

“Y allí pues mirando allí entre las chicas que había pues a mí me pareció pues que había allí una chiquita que, vamos, que me gustó. Luego resultó que tenía 14 años, y yo pues seguí insistiendo a ir con ella y pronto me apasioné también, me entraron mis amores, y seguí viendo a aquella chiquita y cuando tan pronto culminé la mili nos fugamos”. (R.M.)

“Pues sí, eso, había muchos casos que se iban porque no tenían ni para eso y lo que hacían era que se iban con los novios”. (N.G.)

A este tipo de solución recurrían las parejas muy jóvenes y aquellas que no contaban con el consentimiento paterno⁶⁴. A todas estas complicaciones había que añadir otra de gran peso: los noviazgos solían durar de seis a siete años, hasta que pudieran reunir las condiciones mínimas para independizarse de los hogares paternos.

⁶² Según VV.AA.: *Informe Sociológico sobre la Juventud Española 1960-1982*, opus cit., pág. 91. En 1960 la mayor razón de desencuentro de las jóvenes con los padres era la autoridad; motivo que en 1975 pasó a ocupar una segunda posición tras la incompatibilidad. “No un «poquito», sino un «mucho», daban los padres la lata a sus hijas, y a menudo algo más que la lata. A partir de mediada la década de los sesenta, la convivencia entre padres e hijos, pero sobre todo entre padres e hijas, era, en muchos casos insoportable, un abismo se había abierto entre la generación del miedo, de la oscuridad, de la resignación, de la doble moral impuesta por el régimen, y la que, progresivamente desinhibida, combatía abiertamente todo eso en las personas de sus progenitores”, Torres, R.: *Opus cit.*, pág. 164.

⁶³ Esta es una de las razones más frecuentes argumentadas también en el estudio de Bernejo Arnaldos, J.J.: “El noviazgo tradicional: «llevarse a la novia» y otras costumbres”, en Montes Bernárdez, R. (Dir.): *Historia de las Torres de Cotillas (Murcia)*, Vol. I. Ed. Ayuntamiento de las Torres de Cotillas, Murcia, 2005.

⁶⁴ Información que también aparece reflejada en las entrevistas realizadas en: VV.AA.: *Los ritos de tránsito en Puente Tocinos*, Ed. Ayuntamiento de Murcia, Concejalía de Cultura y Festejos, Centro Cultural de Puente Tocinos, Murcia, 1999.

“Y ya cuando se entonó una miaja... digo, pues bueno sea lo que Dios quiera, yo sí lo decía, si he de tener algún hijo muy bien, si no, el Señor que me deje, ya con los años que llevo de eso... veintiún años ¡nena!, desde que éramos chiquillos, novios...”. (N.G.)

Las fugas solían estar concertadas por la pareja y consistía, normalmente, en el acto del abandono del domicilio paterno por parte de la chica, es decir, esa noche la chica no dormía en su casa. Los padres solían dar por hecho lo que había sucedido, confirmado por la falta de ropa, y no solían salir en su búsqueda.

“Entonces nos fugamos una noche. Una noche, con mi moto, en vez de venirme solo me la traje a ella. Y en aquellos tiempos fugarse, llevarse a la novia, era muy corriente en los pueblos”. (R.M.)

Como se trataba de una fórmula bastante habitual, la relación era aceptada por todos desde ese mismo momento como si se hubiera celebrado la boda, situación que, por otra parte, no gustaba nada a la Iglesia.

“Tú podías ir ya y dormir en la casa de tus suegros con la chica si querías, que formalmente aquello era una boda, sin bendición ni, ni juzgado ni nada. Lo que pasa que si rápidamente se arreglaban los papeles y se le daba a aquello un aspecto formal, te casabas por la iglesia que era la única forma legal de casarse”. (R.M.)

La noche de la fuga los novios solían pasarla en la casa de los padres del joven que recibían la noticia cuando los hechos ya estaban consumados. Poco tiempo después de la fuga se celebraba la boda por la Iglesia, con un ritual muy sencillo, al amanecer o al anochecer y sin apenas invitados, ella vestida de oscuro para evidenciar la pérdida de la virginidad.

“Y me la traje a casa de mis padres, y yo llegué con la novia y no recuerdo si nos metimos a mi habitación, y a la otra mañana aparecimos los dos, porque yo no tenía otro sitio donde llevarla, o sea, que la traje al domicilio familiar y por la mañana mis padres les dije lo que sea”. (R.M.)

Esta antigua práctica convivió en esos mismos años con las nuevas corrientes sobre las que estaban atentos, ante todo, los jóvenes urbanos. Nuevos conceptos como el de “liberación de la mujer”, control de natalidad o píldora anticonceptiva, hicieron su aparición, calando profundamente entre los jóvenes que empezaban a poner en duda el

modelo de sociedad heredado y, aunque de forma mayoritaria, seguían teniendo como meta el matrimonio⁶⁵, lo hacían desde perspectivas diferentes. Entre ellas cabe destacar el deseo o la intención de limitar el número de hijos a dos o tres, considerando que superar esa cantidad era una temeridad, y la realidad –desempleo, falta de viviendas, etc.- redujo también las expectativas de nacimientos. De forma paralela se produjeron otros cambios: la virginidad en la mujer pasó a no ser un valor fundamental para llegar al matrimonio, y sucedió en la medida en que se fueron generalizando las relaciones prematrimoniales. Según se acercaba el final de la década de los setenta, aparecieron en los principales núcleos urbanos, avalando los cambios antes anunciados, centros de planificación familiar, apoyados en ocasiones por colectivos feministas que luchaban por conseguir la tan ansiada igualdad de la mujer.

3.2.4. OCIO: NUEVAS PROPUESTAS ENTRE VIEJAS COSTUMBRES

El ocio familiar era poco frecuente, limitándose a alguna excursión al monte o a la playa y el veraneo una opción minoritaria, aunque iba aumentando lentamente el número de familias que procuraba pasar algunos días en la playa. Si la familia disponía de algún vehículo el viaje se hacía en éste, que salía de la vivienda cargado de enseres hasta límites insospechados y en él se desplazaba toda la familia, indistintamente del número por el que estuviera compuesta, a veces en varios viajes. Si éstos eran hacia la playa también se utilizaba el tren.

⁶⁵ Ver en VV.AA.: *Informe Sociológico sobre la Juventud Española 1960-1982*, opus cit., pág. 100.



FUENTE: Archivo particular familia González. Excursiones y romerías componían el escaso calendario de salidas familiares. En cualquiera de los casos se trataba de un día muy especial, tanto por la excepcionalidad como por los preparativos necesarios para la realización.

Normalmente este viaje era para pasar sólo el día y la familia llevaba todo lo necesario, desde la comida hasta la mesa y el menaje. Eran días interminables, que comenzaban de madrugada, para las madres el día anterior, y acababan al anochecer, generalmente con todos los niños quemados por exceso de sol, obligando a las madres a pasar la noche poniendo paños de vinagre en las espaldas de los hijos para aliviar las molestias. Para la gente de la huerta, las playas más visitadas eran las del Mar Menor, situación que para los habitantes de Cartagena era diferente, pues tenían más opciones de playas, aunque no todas estaban al alcance de todos los cartageneros.

“Había también otra cosa que fastidiaba mucho, y es que en Cartagena no teníamos sitio para bañarnos. Habían unas playas muy bonicas, que son las playas de la Argameca, donde solamente se podían bañar los militares, porque el acceso era a través de los clubes suyos, y la zona que nos quedaba a nosotros, la gente de Cartagena, para podernos bañar era junto al puerto de los pescadores, pero eso estaba tan lleno de mierda que teníamos que llevarnos latas de gasoil para limpiarnos toda la, todo eso negro que sale, todo el galipote. Entonces nos íbamos a bañar allí porque no había otro sitio, o ya te tenías que ir a las rocas cuando ya eras un poco más grande y ya dominabas un poco más la historia. Pero lo que son las familias con los críos se tenían que ir allí, y aquello era pues eso, llenarte de galipote hasta los ojos, teniendo la posibilidad que a dos metros, vamos, a dos metros, que muy cerca te hubieras podido ir a la playa de Argameca que era una playa en condiciones. En aquella época la gente tampoco tenía tanta posibilidad como ahora de coger un coche e irse a la playa, aunque los Nietos estaba cerca, pero bueno, ya era otra cosa”. (P. P.)



FUENTE: Archivo particular familia Andújar. Familia pasando un día de playa. En una época en la que muy poca gente sabía nadar, los flotadores eran muy importantes, pero no eran un producto al alcance de todos, ni estaba en las tiendas a las que la mayoría de la población solía acudir, de manera que el problema se solucionaba con una buena cámara de algún vehículo; las más apreciadas eran las grandes, las de camión.

La ligera mejoría a lo largo de la década de los sesenta en las condiciones económicas hizo posible que los momentos de ocio contaran con más medios, aún así, en pueblos y zonas rurales se seguía recurriendo a los métodos tradicionales, como eran los bailes con acompañamiento de algún instrumento musical, generalmente con ocasión de las fiestas patronales, eventos que se aprovechaban para buscar pareja, es decir, novio o novia.

“Antes no había, no. Los picús y eso brillaban por su ausencia, y los bailes se hacían con instrumentos en directo, bien podían ser instrumentos de cuerda o un acordeón, que en aquel tiempo era un instrumento ideal para hacer un baile ¿no? Y este chico dice: -oye, vamos a hacer un baile familiar, y resulta que yo quiero bailar con mi novia, y vente tú que mientras yo descanso pues tú tocas”. (R.M.)



FUENTE: Archivo particular R.M. Las verbenas de las fiestas patronales o las celebradas en algunas poblaciones se convirtieron en una de las pocas alternativas de ocio y diversión de los jóvenes de esta generación. Era, además, el espacio donde relacionarse, lugar en el que buscar novio o novia, aunque no se trataba de una fiesta específica para jóvenes, pues era un momento de encuentro de todos los lugareños, indistintamente de la edad.

El fútbol persistía en ser el juego preferido de niños y jóvenes, tanto para jugarlo como para verlo, afición fácil de entender si se tiene en cuenta que, durante muchos años, había supuesto para los varones lo que la radio y las coplas para las mujeres: la única evasión posible, años en los que este deporte tuvo como aliada la radio y las retransmisiones deportivas de Matías Prats, como también la aparición de los primeros héroes futbolísticos, Kubala y Di Stéfano.

“Después ya de más mayorcicos, pues... la pandilla que nos juntábamos éramos, unos jugábamos al fútbol y otros nos gustaba el fútbol. Éramos forofos del Madrid, o del Barcelona, del que fuera. Entonces ya había más televisión, y nos íbamos a los bares a ver los partidos, nos sentábamos allí y veíamos los partidos”. (J.V.)



FUENTE: Archivo particular J.V.
Pocas opciones tenían los jóvenes de los pueblos de esta Región, y una de ellas fue la de jugar al fútbol, juego que gustaba a mayores y pequeños. En cada pueblo se buscaban un terreno, un huerto sin cultivar, una explanada, un descampado, cualquier sitio donde pudieran colocar unos palos o dos piedras que sirvieran de portería y darle a un balón.

Otra alternativa para los varones consistía en salir andando, dando un paseo, hasta llegar a algún bar para tomarse unos refrescos y poner algún disco en la máquina. Ésta sólo era válida para los jóvenes varones, que a estas edades ya contaban con su propio dinero, pues lo normal es que ya trabajaran. Además, ir de bares se consideraba una forma de ocio habitual para los hombres, ya que las chicas no participaban de esta actividad, pues su presencia en los bares no estaba bien vista, lo que obligaba a ambos sexos a tener opciones diferenciadas y a buscar alguna otra en la que pudieran coincidir, pues su horario era bastante más restringido que el de los chicos: ellas tenían que volver muy temprano a casa.

“Salíamos, un grupo de cinco, seis zagales y nos montábamos el rollo, nos íbamos al bar y poníamos unos discos allí en las máquinas de discos que había de Ton Jones o de no sé quien”. (J.V.)



FUENTE: Archivo Particular J.V. Determinadas actividades de ocio estaban reservadas a los varones, ir a un bar, escuchar música en los casinos o echar unas partidas a los futbolines, eran cosas de chicos; para ellas representaban actividades poco apropiadas, incluso deshonestas –las chicas decentes no iban a esos sitios-, excepto que fueran las fiestas del pueblo y las acompañaran familiares adultos.

Unos y otras salían a pasearse, a ver chicas, o chicos, y a ligar si se podía. Las pandillas solían ser de un mismo sexo, aunque empezaban a verse, a finales de los sesenta, pandillas mixtas. Las diversiones solían darse por separado, si coincidían si se quería ligar, para lo que quedaban en verse en el cine, salvaguardados por la oscuridad de la sala.

Además del fútbol había otra gran distracción para los varones, los futbolines, las salas de máquinas y juegos, lugares en donde los chavales podían pasarse horas y horas “echándose partidas” con los amigos, y escuchando música.

“Uf, los Beatles, el año que hice primero de Bachiller fue la primera vez que oí yo las máquinas aquellas tragaperras que había que echar una peseta para oír un, bueno, eran máquinas de aquellas para jugar y también máquinas de disco, de aquellas que metías y marcabas letra y número y salía. Entonces en el Puente Viejo, conforme bajabas hacia el Carmen, a la izquierda,..., había unos futbolines, donde había máquinas de esas electrónicas y donde había una máquina de discos, y ahí fue donde primero escuché la música de los Beatles, lo primero que llegó, cuando tenía diez años. Y una gran nevada ese año, nevó, bajamos todos los críos a ver la nieve”. (J. A.)

La radio continuó durante años ocupando un lugar central en las viviendas murcianas, con dos programas estrellas: el “parte” y las radionovelas. El primero se oía a la hora de comer, casi siempre en absoluto silencio; las otras se escuchaban por las tardes en las salas de estar, siendo frecuente en los pueblos y la huerta ver a grupos de

vecinas reunidas alrededor del aparato mientras cosían o bordaban. Muy populares fueron durante estos años los programas de música con canciones dedicadas, medio que se utilizaba tanto para felicitar un cumpleaños, realizar una declaración amorosa o recordar a una madre⁶⁶. Pero a este aparato pronto le surgió un terrible competidor: la televisión. Inicialmente fueron muy pocos los receptores y curiosamente en muchos lugares reprodujo costumbres ya implantadas por la radio, pues el vecino que adquiría un televisor lo compartía con el resto del vecindario. En pueblos y patios de vecinos no era difícil verlo a través de una ventana, con los vecinos en la calle mirando la película o el programa “estrella” del momento.

“... y este vivía en la planta baja, en un rincón, y compró un televisor, y cuando hacía buen tiempo lo ponía en la ventana y entonces bajábamos todos los vecinos a ver el este. Y yo, lo que más me acuerdo de ver allí es el tiempo, me llamaba mucho la atención aquel tipo que nos contaba el tiempo, que luego me enteré que era Mariano Medina, y que nos contaba el tiempo que iba a hacer mañana con unas historias que yo no entendía. Y entonces cada vecino que quería, pues salía con su silla. Nos sentábamos allí como si fuera el cine, hasta que decíamos, se ha terminado”. (I.M.)

No siempre existió este altruismo entre el vecindario, pues también hubo quien encontró una buena manera de obtener unos ingresos adicionales gracias al nuevo invento.

“Y lo del televisor, por ejemplo, también fue una fiesta porque yo veía la tele en Orihuela cuando yo tenía 9 años o así, y nosotros íbamos con una peseta los sábados o los domingos, ya no me acuerdo, a una vecina que no vivía en el Cuartel, y entonces podíamos ver la película y los dibujos animados. No sé que era antes o después, pero empezaba una cosa que era Bonanza, y después eran los dibujos o al revés, cuando terminaba eso, nos íbamos”. (I.M.)

La preponderancia adquirida por la juventud a partir de los años sesenta, convertida en valor en si misma, se evidenciará en las nuevas actitudes de vida

⁶⁶ Como señala Vázquez Montalbán, “la aparición constante de la *madre* responde a una idealización interesada de la dimensión privilegiada de la mujer española”, pero también, “a lo largo de la década de los 60 se va agotando la creatividad de la llamada *canción nacional* y los nuevos letristas van a prolongar la tendencia del gusto mediante un repertorio adaptado a las características de los nuevos cantantes, pero en el marco de una fundamental desconexión entre una sociedad en la que el automóvil utilitario se extiende y las letras siguen preguntándose dónde estará el carro de Manolo Escobar, una sociedad determinadamente urbana en la que la sentimentalidad convencional rústica carece de sentido”, véase su excelente trabajo recopilatorio, Vázquez Montalbán, M.: *Cancionero General del Franquismo, 1939-1975*, Crítica, Barcelona, 2000, pág. XLII.

defendidas por este sector, que propugnaban cambios revolucionarios en la vida política, en la sociedad, pero ante todo en la cultura y el ocio. Cambios que alcanzaron aún mayor extensión durante la siguiente década, la de los setenta. La llegada de los turistas y la extensión de aparatos de televisión pusieron en contacto a los jóvenes con otros mundos, triunfando la música inglesa y sus grupos más destacados. Detrás de ello se ponía de manifiesto las tremendas ganas de alejarse de la “tradicción” que representaba el estancamiento político franquista; se trataba de buscar la frescura que representaba esa modernidad importada y al alcance de muy pocos⁶⁷. Los ídolos musicales por excelencia fueron *The Beatles* y los *Rolling Stones*, paradoja que abundaba en el deseo de huir de la tradición, pues se consumía una música que la mayor parte de la gente no comprendía, al no saber idiomas, no obstante estos artistas eran imitados en sus vestimentas, gestos, peinados, etc., tanto por jóvenes seguidores como por cantantes y grupos nacionales.

Con esta moda foránea llegó el gusto y la asistencia masiva a las discotecas, lugar muy apreciado por los jóvenes de aquellos años⁶⁸, y rechazado por una buena parte de los adultos, siéndolo en sobremanera por los sectores más reaccionarios de la sociedad, que veían en ellas lugares en donde se reproducían “*esos ritmos enloquecidos, esos bailes espasmódicos, esas greñas, esas conductas desordenadas de las parejas y esas minifaldas*”⁶⁹ que definían a la juventud y que a ellos les producía auténtica alarma, que aún era mayor cuando se trataba de conciertos, salidas o excursiones conjuntas de chicos y chicas.

⁶⁷ Asunto sobre el que Vázquez Montalbán llamaba la atención: “Porque los paraísos del consumo nacional que podrían, y aún relativamente, equivaler a los emporios de la Europa consumista, son islas fragmentadas llenas de subzonas, en las que coexisten la cultura del snobismo con la de la pobreza”, en *Crónica sentimental de España*, *Opus cit.*, pág. 202.

⁶⁸ Esta actividad ocupó la cuarta posición de preferencia de gasto de los jóvenes varones a lo largo de los años 1975, 1977 y 1982, superada por los gastos en bares, tabaco y cine, con alteración del orden entre las tres posibilidades durante ese tiempo, VV.AA.: *Informe Sociológico sobre la Juventud Española 1960-1982*, *opus cit.*, pág. 86.

⁶⁹ Torres, R.: *Opus cit.*, pág. 168.

“Me acuerdo que una vez nos fuimos cuatro al Castillo de las Atalayas, que es una de las colinas que hay cerca de Cartagena, nos fuimos con la intención, bueno, de pasar ahí la noche y seguir al día siguiente más para adelante. Íbamos sin tienda y sin nada, porque en aquella época la verdad es que lo de las tiendas y los sacos de dormir, estaría inventado pero yo no tenía. Entonces dormimos dentro del castillo, el Castillo es un Castillo de esos en ruinas, de los muchos que hay, pues dormimos dentro de un cuchitril. A las cuatro o las cinco de la mañana nos dan con una bota, nos levantan con la metralleta, las linternas, unos cuantos soldados y el sargento empeñado en que como éramos menores de edad tenían que subir nuestros padres hasta allí para reconocernos y entonces dejarnos salir. Tú fíjate los cojones del tío. Menos mal que medio lo convencimos y nos dejó que nos bajáramos sin necesidad de que vinieran nuestros padres. Cosas de ese tipo habían así (señala con las manos que muchas) entonces eso te creaba una cierta rebeldía”. (P.P.)

Paralelamente surgió otro movimiento, en esta ocasión ligado a la ansiedad y necesidad de libertad, cuyo mayor exponente fueron los cantautores, años de canciones comprometidas y músicos que luchaban, mediante el mensaje de sus letras, por la vuelta de la democracia y las libertades, de conciertos prohibidos y de detenciones y multas. Fue la época de la canción protesta⁷⁰, y asistir a los conciertos de estos cantantes era todo un reto ante la actitud represiva franquista, además de, en ocasiones, un acto de militancia no exento de peligros, ni tampoco de emoción⁷¹.



FUENTE: Archivos particulares. La “otra” juventud, la politizada, buscaba otras formas de diversión, unida, en general, a las peticiones o, cuando menos, a los deseos de otros cambios absolutamente necesarios como eran las libertades políticas, entre ellas las que les permitieran expresarse libremente, y las de justicia social. A ello contribuyeron cantautores de reconocido prestigio, pero también muchos hombres y mujeres anónimos que nos cantaron las canciones de otros más famosos.

⁷⁰ La canción protesta fue una corriente internacional que recorrió la mayoría del mundo occidental con gran incidencia durante estos años (años de lucha contra la guerra del Vietnam, el 68 francés, etc.), tanto por la popularidad de algunos cantautores como por las acciones que estos llevaron a cabo. Ver Anexo Documental Cap. III, nº 8.: Detención de Joan Baez.

⁷¹ Ver Anexo Documental Cap. III, nº 9: Persecución de cantautores, Soledad Bravo y Lluís Llach.

Esta “otra” juventud fue formando grupos, a lo largo de toda la Región de Murcia, con el objetivo de buscar alternativas a la cultura, al ocio y a tantas otras facetas de la vida como le fuera posible, intentando encontrar espacios donde reunirse para ver “otro” cine, o sencillamente para ver cine –los Cine-Club-, o con miras más amplias, como es el caso de los Centros Juveniles y las Vocalías Juveniles de las Asociaciones de Vecinos, lugares donde, además de reuniones para abordar temas propios, se realizaban conferencias, obras de teatro, fiestas, bailes, disco-forum, cine-forum, conciertos o cualquier otra actividad que los jóvenes quisieran realizar y fueran capaces de organizar.

“El sitio para expresar todo eso en aquel momento eran los clubes juveniles, que te permitían organizar esas cosas, siempre y cuando no pasara como en ese donde el cura, porque todos los clubes juveniles eran de parroquia, si el cura te dejaba y te dejaba libertad pues podías ir organizando esa serie de cosas, si no, pues ese club se iba a tomar por culo. Esa fue mi militancia hasta empezar con la ORT”. (P.P.)

3.2.5. EDUCACIÓN: LA PERSISTENCIA DE LA DOMINACIÓN IDEOLÓGICA

Inicialmente la década de los sesenta vino marcada por el continuismo educativo y cultural, aunque pronto quedó en evidencia que el sistema educativo existente era incapaz de proporcionar la nueva mano de obra especializada necesaria para hacer frente a los cambios económicos y laborales que se presentaban. España carecía de obreros cualificados y equipos técnicos, y para afrontar ese déficit tenía que, como primer paso, acabar con los altos índices de analfabetismo, para seguir posteriormente con la planificación precisa para formar a esos trabajadores, evitando a la vez que se perdieran las élites que se pretendía fueran el repuesto en el poder.

En cualquier caso la realidad vivida por muchos ciudadanos murcianos fue, a lo largo de estos años, diferente a lo que muestran las manifestaciones teóricas. Seguían siendo muchos los niños que no acudían a la escuela o que lo hacían durante muy poco

tiempo: las necesidades de subsistencia familiar debido a la precariedad económica primaban sobre la asistencia a la escuela, sin olvidar otra razón, pues muchos padres no veían la necesidad de tal cosa, sobre todo si lo que tenían eran hijas.

“Pero muchos vivían en la huerta, pues a lo mejor sus padres a los ocho o los nueve años los sacaban para que ayudaran con los animales o con la hierba” (J.A.)

Las razones de tipo económico familiar no fueron las únicas que impedían a los niños ir a la escuela, porque el número de escuelas era bastante limitado y muchas zonas carecían de ellas. Algunos los pueblos contaban con una sola escuela, además unitaria, por cada sexo, y muchos de los niños de esta generación aún estudiaron en escuelas que habían sido edificadas durante la República, o en salones de la iglesia que, con frecuencia, no tenían ningún tipo de acondicionamiento⁷². La falta de escuelas llevó consigo el que gran cantidad de niños de todas las edades y niveles existentes estudiaran en una misma clase.

“Don José, el maestro que nos daba clase a nosotros, pues tenía críos, desde yo que tenía tres años cuando empecé hasta diez años que se salía, y, en lista ciento diez, ciento veinte, claro, a la fuerza tenía el hombre que pegar”. (J. A.)

Tanto los datos anteriormente expuestos como el testimonio nos hablan de la cantidad de niños escolarizados en un centro, dato que nos informa de que algo estaba cambiando, es decir, eran muchos los niños que asistían a la escuela, aunque sólo lo hicieran durante los primeros años, ya que también eran muchos los que la abandonan sin acabar los estudios primarios y los que no podían continuar los estudios medios por carecer sus pueblos de centros a los que asistir.

“Creo que la mayor parte de los críos del pueblo si que iban a la escuela, aunque algunos no iban, lo que si es cierto es que a muchos los sacaban sus padres muy pronto, la edad entonces de sacar a los críos de la escuela era a los diez años. A los diez años o te ibas al instituto a Murcia o ya te salías a tu casa. Algunos asistían a las

⁷² “A mediados de los años sesenta sólo un 17 por 100 de los jóvenes españoles estudiaba en centros de enseñanza estatal, mientras que un 33 por ciento lo hacía en colegios religiosos, un 10 por 100 en colegios seculares o libres, ya fuera en centros que no reunían las condiciones mínimas exigidas por la ley o en casa –un 40 por 100”, Sartorius, N. y Alfaya, J.: *La memoria insumisa*, Ed. Espasa, Madrid, 1999, p. 308.

permanencias que el maestro daba, a lo mejor hasta los doce o trece años, que eran pagadas.” (J.A.)

“Recuerdo de compañeros que nunca entendí como nunca siguieron estudiando. Yo tenía compañeros a nivel equivalente a lo que pueda ser bachiller elemental que dejaron de estudiar, o sea que no terminaron, no se si llegaron a terminar como mucho el bachiller elemental de entonces”. (G.S.)

Los niños y las niñas seguían asistiendo a escuelas distintas, porque las autoridades franquistas persistían en la consideración de que la coeducación era una aberración.

“Fui a un colegio parroquial, estuve un año, un colegio parroquial que lo llevaba un maestro, y allí estábamos aproximadamente 40 ó 50 zagales y zagalas, no, zagales. Ahí entonces había discriminación de sexo, no había mujeres”. (G.S.)

Los planes de estudios apenas habían cambiado y menos los métodos de enseñanza, pues el castigo seguía presente en las aulas.

“... mis maestros me querían, pero sin embargo yo veía también escenas escolares de un crío haber cogido dinero y el maestro delante de todos los críos de la clase empezar prenda por prenda delante de todos hasta que apareciera el dinero robado. Eso eran los tiempos de la leche americana y del queso y, claro, son escenas que, no le guardo rencor al maestro, no sé por qué aquellas cosas se grababan como naturales, el maestro levantar a un crío de las patillas, lo hacía porque quería que aprendiera, no porque no lo quería”. (J.S.)

“Y tengo recuerdos muy agradables de la escuela a pesar de que, de que la escuela entonces era dura de sufrir, porque las varas de membrillero funcionaban a diario y, entonces nos daban unos tutes que nos ponían, éramos muchos críos en la escuela”. (J. A.)

Algo que casi todos los testimonios, niños de aquella época, recuerdan, es que cuando tenían algún problema en la escuela con el maestro, si en su casa se enteraban era muy posible que allí también lo castigarán.

“En una ocasión, yo me había equivocado en una suma de una multiplicación, (...), el maestro me dijo que estaba mal y yo que estaba bien, y entonces cuando me demostró que estaba mal en los últimos números de la suma, pues me pegó y me fui a mi mesa, que era de aquellas cuadradas, con un tintero en medio donde mojábamos las plumillas, y así agachado dije: ‘maricón, por qué me pegas’, y Marcos, un compañero que estaba al lado, en mi misma mesa, fue y le dijo lo que había dicho, y me zurró la badana, me pegó. Pero eso no fue lo peor, porque mi madre lo estaba viendo por la ventana, y cuando llegué me dio otra. Pero de todas maneras ¡yo que sé!, son cosas que

se recuerdan con desagrado por un lado, y con agrado por otro, al fin y al cabo pasó y es una época bonita". (J. A.)

De algunas de estas experiencias se deduce que la escuela no era un lugar deseado para muchos niños, muy al contrario, ésta podía generar rechazo tanto por la institución como por lo que representaba o debía haber representado: el lugar de acceso al conocimiento. El medio utilizado para lograr este acceso, para conseguir el aprendizaje, era el castigo. Los errores, los fallos, las faltas de destreza se corregían mediante el castigo físico.

"Porque yo empecé a hacer Bachiller a los 10 años y entonces se acaba la escuela, además lo vi, lo noté, algo se ha roto, porque ya se terminaba aquello de llegar de la escuela y tirar la cartera a los 10 años, había que estudiar, esa cosa que yo nunca había hecho. Pero de la escuela yo tengo muy malos recuerdos, a mi no me gustaba ir, porque me pegaban, yo no sé, yo no tengo conciencia de haber sido un crío tan malo, a lo mejor si lo era, muy revoltoso y muy pesado, pero yo no tengo conciencia. Yo siempre tengo conciencia de ser muy respetuoso con las normas y todo eso. A lo mejor es porque mi padre era guardia civil y me lo inculcó, o yo no sé por qué, pero me dieron veinte mil. Estuve en muchos colegios porque mi padre se trasladó mucho, hasta que yo tuve catorce años pues estuvimos pues, uno, dos, tres, cuatro, cinco, pues en seis sitios diferentes, y yo lo pasaba muy mal, a mi me pegaban con la palmeta, me pegaban con la mano, me ponían de rodillas y me aburría mortalmente en el colegio, me aburría mucho. Esa es la sensación que yo tengo. Además, como siempre era nuevo en los colegios, siempre era nuevo, a eso se le añadía que, muy a menudo, tenía que empezar de nuevo, no conocer a nadie, ni a maestros, ni a alumnos ni nada. Pasé incluso por una unitaria que el maestro era un cura, que era el peor de todos, de aquellas que se escribía con tinta que mojabas del tintero, con el plumín y me acuerdo de haberme pegado por haber hecho un borrón con la tinta y haber tirado el tintero, o sea que no me gustaba. Y también estas cosas (...) lo de cantar el Cara al Sol antes de entrar con el brazo en alto, aquello de ¡A cubrirse, Arrr! Y todos en fila, en San Pedro del Pinatar yo podría tener 10, 12, por ahí estaba". (I.M)

España empezaba a "modernizarse" y construía nuevas escuelas, nuevos edificios, con mayor número de aulas para poder separar al menos a los niveles educativos más altos de los más bajos, pero seguían siendo solo para niños o niñas, y con la vivienda del maestro incluida.

"De ahí pase a un colegio privado, pequeñito que había ahí, que era la escuela de Doña Maruja, también éramos, ahí éramos más incluso, éramos casi 100 ¿eh?, en una especie de cochera grande con dos partes. Estuve también un par de años o así". (G.S.)

“Pues la escuela sufrió una transformación muy fuerte en mi época, de eso me acuerdo perfectamente porque pasó justamente conmigo, de ser una escuela con 120 críos y de todas las edades juntas, pasó a unas Graduadas. (...) Se construyeron unas Graduadas en el pueblo y había cinco aulas distintas, era la época en que se construían casas para maestros, y bueno, eso ya fue otra historia, ya los tratos eran distintos y cambió bastante. (J. A.)

Por lo demás todo seguía igual, la adhesión del Magisterio al Régimen era inquebrantable y la presencia de la iglesia y la religión también.

“Aun así, los sábados me acuerdo que se tenía clases por las mañanas, los sábados se rezaba el rosario, se cantaba el “Prietas las Filas” y se cantaba el “Cara al Sol”, y los miércoles, creo recordar que era los miércoles por la tarde, o los jueves por la tarde, cuando no había clase” (J. A.)

De 1958 data el intento de modernización de los libros de texto para adaptarlos a los nuevos tiempos, sin abandonar los patrones tradicionales, un buen ejemplo de este bloque de textos “modernos” fue la *Enciclopedia Álvarez*, y semejante novedad consistía ante todo en la presentación, en el formato, pues estos nuevos textos incluían dibujos en color y una presentación más alegre, pero por lo demás seguían dependiendo de los “filtros ideológicos del Consejo Nacional de Educación, así como del Frente de Juventudes y la Sección Femenina, en el caso de la formación del espíritu nacional, educación física y enseñanzas del hogar, y de la Comisión Episcopal, en los de religión”⁷³.

“Pues el Tercer Grado, las enciclopedias aquellas de Álvarez, no había otro material, nada más que libretas. (...) Al principio, mi primera infancia en la escuela,..., era el mango, se llamaba palillero, mango y plumín. El plumero era algo así como un lápiz, sólo que no tenía grafito dentro, claro, y en eso se enganchaba una pieza metálica que se llamaba mango, y a esa pieza metálica se le embutía el plumín. El plumín se mojaba en el tintero y con aquello escribíamos, no te quiero contar los borrones que se montaban en el papel, aquello era impensable. Y bueno, pues nada, libretas de aquellas de dos rayas. Y después ya bolígrafo, lápiz y gomas de borrar y a correr. La Enciclopedia Álvarez la tuve hasta que me fui a Murcia, al Instituto a los diez años, fíjate, el Tercer Grado lo empecé con siete años, estuve tres años con el Tercer Grado, me lo sabía de memoria”. (J. A.)

⁷³ En Escolano Benito, A. (Dir.): *Historia ilustrada del libro escolar en España. De la posguerra a la Reforma Educativa*, Col. Biblioteca del Libro, Ed. Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 1998, pág. 25. Este autor añade “Calidad técnica y pureza doctrinal era, pues, los criterios de autorización de los nuevos manuales, que se concedían para un ciclo de diez años”, Escolano Benito, A.: “La segunda generación de manuales escolares”.

Lo que cambió poco fueron los contenidos de los textos al uso, uno de los más conocidos y utilizados por los niños de este tiempo fue *El parvulito*, libro para primeros lectores publicado en 1965, que dedicaba gran parte de sus páginas a los rezos y diversos textos religiosos, y otras muchas a la exaltación del Glorioso Alzamiento y al Generalísimo con textos como el siguiente:

“Hace varios años España estaba muy mal gobernada. Todos los días había tiros por las calles y se quemaban iglesias.

Para acabar con todo esto, Franco se sublevó con el ejército y después de tres años de guerra logró echar de nuestra Patria a sus enemigos.

Los españoles nombraron a Franco Jefe o Caudillo y desde el año 1936 gobierna gloriosamente a España”⁷⁴.

Para los alumnos de bachiller esa misma materia, ya bastante más desarrollada, decía:

“El Movimiento Nacional es la comunión de los españoles en los ideales que dieron vida a la Cruzada y constituyen el Movimiento social y político de esa integración, con el fin primordial de realizar la tarea histórica de fundar un nuevo Estado Nacional de acuerdo con aquellos ideales. (...)

La segunda República española, ..., no tuvo en cuenta los sentimientos generalizados y compartidos de la mayoría de los españoles, y no representó más que la victoria impuesta por una minoría audaz que se adueñó del poder con el pretexto de unas elecciones municipales que por sí mismas no tenían entidad política suficiente para su fin.

(...) los partidos de izquierda, rompiendo una vez más la estructura legal y el propio orden por ellos creado, y violando la misma Constitución por ellos establecida, produjeron las revoluciones de Asturias y Cataluña, con toda una serie de ensayos revolucionarios del peor estilo, asesinatos, incendios, saqueos, etc. (...)

El Gobierno que subió al poder siguió actuando con el mismo espíritu ilegítimo que le había dado vida. De nuevo volvieron las leyes sectarias...”⁷⁵.

⁷⁴ Álvarez: *El Parvulito*, EDAF, Madrid, 1998, pág. 108.

⁷⁵ Fernández Miranda, T.: *El hombre y la sociedad*, Ed. Doncel, Madrid, 1960, págs. 164-165, texto recomendado para la enseñanza de Educación Política en 5º curso de bachillerato, para varones. Los textos expuestos, tanto éste como el anterior, se suponen que están suavizados, teniendo en cuenta los resultados de la Segunda Guerra Mundial, la derrota de los fascismos y los intentos de apertura del Régimen. “La derrota militar de los fascismos europeos aceleró la adaptación del franquismo a la nueva situación. Términos como fascismo, totalitarismo, raza, sangre, imperio, etcétera, van a ser expulsados del lenguaje oficial y sustituidos por otros que, presentes en mayor o menor grado, pasan ahora a primer término: catolicismo, movimiento, reino, subsidiariedad,...”, en De Puelles Benítez, M.: “La política del libro escolar. Del franquismo a la restauración democrática”, en Escolano Benito, A. (Dir.): *Historia ilustrada del libro escolar en España. De la posguerra a la Reforma Educativa*, opus cit., pág. 57.

Las clases tanto en enseñanzas medias como en la superior se limitaban a la exposición magistral por parte del profesor.

“Bueno las clases yo recuerdo que eran, estaban mediatizadas fundamentalmente por la enorme presencia y figura del profesor, el profesor era algo así como el ministro de Dios en el aula, y en este sentido las clases eran, en la mayoría de los casos, puramente repetitivas”. (Ángel)

Gimnasia, Formación del Espíritu Nacional y Religión ocupaban una parte importante del programa, pese a ser consideradas como “marías” por el alumnado, asignaturas que impartían falangistas. El sistema educativo seguía rechazando la modernidad que, por otros cauces, iba impregnando al país y, sobre todo, a su juventud.



FUENTE: Archivo particular familia Andújar. La modernidad, al menos en la imagen hacia el exterior, llegó hasta las escuelas en el soporte elegido para fotografiar a las alumnas, que imitaba la tan “idolatrada” televisión.

Fue precisamente ese rechazo a la modernidad, junto a la falta de libertad, lo que enfrentó a los universitarios al régimen dictatorial, poniendo en evidencia un sistema caduco, sin posibilidad de continuidad, lo que resultaba paradójico si se tiene en cuenta que estamos hablando de un sector educativo del que se esperaba que saliese el repuesto de la élite de este país.

Al final de la década de los sesenta escuelas e institutos se empezaron a masificar, coincidiendo con la mejora del nivel adquisitivo de las clases medias urbanas: en el curso 60-61 los alumnos matriculados en Bachillerato ascendían a 564.119 y en el curso 68-69 se habían convertido en 1.207.006 en toda España. Todo esto sucedía sin medios suficientes para abordar este incremento de alumnado. “En efecto, la escolarización pública, acelerada a partir de 1968, tuvo que acudir a medidas excepcionales, como habilitación de locales comerciales, naves industriales, aulas prefabricadas de mala calidad, sistemas de dobles turnos,...”⁷⁶.

Los centros de enseñanza media de la Región estaban ubicados en las grandes poblaciones, por lo que los niños de los pueblos se tenían que desplazar hasta ellas para poder estudiar, cosa que no siempre era posible porque, aunque la enseñanza se la pudieran costear, lo que no podían sufragarse era el traslado, dada la carencia de medios de transporte y el coste de los mismos, y menos aún la residencia, situación que marcaba una clara discriminación con respecto a la juventud que vivía en las ciudades.

“Lo que si es cierto es que a los diez años al instituto de Murcia ya íbamos muy pocos, pues a lo mejor, de mi promoción, de los cuarenta y pico que salimos ese año, con diez años, pues a Murcia creo recordar que fuimos cuatro”. (J.A.)

Las trabas para estudiar no se acababan ahí, pues aquellos pocos que conseguían acabar los años de escolaridad obligatoria⁷⁷, debían entonces superar un examen de ingreso al instituto.

“Porque había que hacer un examen de ingreso en el instituto que si no aprobabas no te admitían, entonces los que fuimos a presentarnos a ese examen me acuerdo que éramos diez, ocho o diez nada más, y de los ocho o diez, cuatro me parece que aprobamos”. (J.A.)

“No, pocos, en los Maristas éramos, en el Bachiller éramos tres, era el hijo de un medico, otro que su padre era maestro y también tenía una tienda de ropa o algo así, de

⁷⁶ De Puellez Benítez, M.: *Educación e ideología en la España contemporánea*, opus cit., págs. 449-450, a lo que añade que aún en 1977, según el Ministerio de Educación y Ciencia, seguían mal escolarizados ochocientos mil alumnos.

⁷⁷ La enseñanza obligatoria hasta los 14 años fue aprobada en 1964, con anterioridad a esa fecha los niños permanecían en la escuela hasta los 10.

allí, y yo. Y después en PREU vino un, otro más, un cuarto, su padre si, su padre si tenía algo más de dinero, era de los que tenía negocios de minas y cosas de esas por allí, éramos cuatro”. (G.S.)

A estas cantidades había que restarle la de aquellos alumnos que abandonaban a mitad de curso y los que no cursaban todos los años establecidos⁷⁸.

“Y de los cuatro que empezamos en el instituto, uno se salió ese mismo año, otro el segundo no lo hizo, otro se salió en cuarto,..., quedé de mi promoción yo solo”. (J.A.)

Muchos de los chicos de esta generación hicieron estudios libres, lo hacían en academias o con maestros particulares, y posteriormente se examinaban en los centros oficiales.

“Estábamos en una especie de academia y nos examinábamos en Cartagena en el Instituto a final de año”. (G. S.)

La falta de centros públicos y la poca fiabilidad de los mismos llevaron a muchos padres a matricular a sus hijos en centros privados.

“Y no me iba muy bien y decidieron mis padres, ya digo que estaban, que tenían una economía relativamente holgada, decidieron mis padres que fuese a estudiar a Cartagena, a un colegio privado”. (G.S.)

También experimentó un fuerte aumento el número de alumnos que llegó hasta la Universidad, y este aumento, o tal vez su mayor diversificación social y, por supuesto, el hecho de que todos estos jóvenes eran totalmente ajenos en su experiencia vital propia a la guerra y sus repercusiones, y al miedo de los vencidos, hicieron de éste un sector bastante conflictivo, capaz de crear bastantes quebraderos de cabeza a la dictadura franquista, tanto por las luchas que plantearon en reivindicación de sus intereses como estudiantes como por la solidaridad de que hicieron gala ante los conflictos en otros sectores.

⁷⁸ El acceso a la educación seguía siendo privilegio de unos pocos. Tal era así que acabando la década, 1969, se publicó el *Libro Blanco de Educación*, en el que se reconocía que de cada 100 alumnos que iniciaron la enseñanza primaria en 1951 ingresaron en enseñanza media 27, de ellos 10 acabaron el bachiller y 3 culminaron estudios universitarios en 1967. Para entender la importancia de estos datos hay que tener presente que no todos los niños estaban escolarizados.

El contrapunto a la masificación de las aulas universitarias debida al incremento del alumnado, estuvo marcado por la nueva generación de profesores que empezaron a trabajar en esta época, los PNNs, Profesores No Numerarios, que plantearon importantes movimientos de protesta contra el régimen, en parte debido a las malas condiciones laborales que tenían (con contratos administrativos por un año, renunciando a cualquier otro tipo de trabajo, sueldos muy bajos, sin seguridad social), y porque la carencia de libertades impedía su trabajo, así como por el peso de unos claustros compuestos, en su mayoría, de adeptos al régimen a los que estaban sometidos, razones varias por las que este colectivo realizó su mayor movimiento de protesta coincidiendo con el inicio de la década de los setenta⁷⁹. La represión también les afectó.



FUENTE: *Triunfo*, 29/4/1978. El final de la década de 1970 conoció importantes movimientos de enseñantes de todos los niveles, querían mejorar las condiciones laborales, pero ante todo necesitaban un cambio radical del sistema educativo que incluyera desde los aspectos ideológicos hasta los metodológicos.

Muchos de los chicos y chicas que estudiaron en esa época la enseñanza media o universitaria lo tuvieron que hacer en internados religiosos, cuestión que nos obliga a recordar que estos centros religiosos eran ante todo de élite, por lo que los jóvenes con menos recursos que acudían a ellos para poder estudiar con frecuencia “pagaban” sus

⁷⁹ Amplia información sobre este colectivo en Doz, J. y Pérez, M.: “El movimiento de los enseñantes en España”, *Zona*, nº 7, Madrid, 1976, trabajo que aborda el movimiento de enseñantes desde sus inicios y la situación de los trabajadores de la enseñanza durante estos años. Ver Anexo Documental Cap. III, nº 10: “La conflictividad de los PNN”.

estudios realizando tareas para los compañeros con posibilidades económicas. Obras de caridad.

Uno de los hechos que se constata para este periodo, aunque se producía anteriormente y se mantendrá aun durante tiempo, es el del aumento de la incorporación de las hijas al mercado laboral, contribuyendo con ello al estudio de los hermanos varones, ya que se consideraba que los hombres debían estar preparados para afrontar el futuro con buena capacitación, caso que escasamente se planteaba para las mujeres, cuyo fin, como es sabido, debía ser el matrimonio, y la preparación necesaria debía adquirirla en casa. En los casos de familias que optaban porque las hijas, o alguna de ellas estudiara, solía ser gracias al esfuerzo de algún otro miembro femenino de la familia, sobre todo de las madres o hermanas mayores⁸⁰.

“Entonces era mucho más raro las niñas que estudiaban que los niños, en mi casa fue algo excepcional porque mi hermana mayor estudió, yo estudié y la pequeña también, pero no era lo común en las familias de esos años, lo común era que las niñas hicieran corte y confección o, a partir de cierta edad que empezaron a funcionar algunas fábricas de conservas, se fueran a trabajar a las fábricas de conservas, a Cobarro Hortícola por ejemplo, o a algún almacén de limones, alguna cosa así, sastrería, modistas, peluqueras. Ya empezaban también,..., a incorporar las mujeres al trabajo y entonces pues se les buscaba un oficio a las chicas jóvenes, pero a estudiar menos” (J.A.)

Para parte de la población carente de estudios y sin acceso a la educación, a lo largo de la década de los sesenta irán apareciendo movimientos relacionados con la iglesia, con asociaciones de vecinos o con colectivos preocupados por su enseñanza y por la clase trabajadora, que empezarán a plantear el tema de la educación de adultos. Paralelamente se iban produciendo reivindicaciones para dotar a los pueblos de los servicios que necesitaban, entre ellos escuelas, guarderías e institutos de enseñanza media.

“No es que me queje yo, porque a mí me ha gustado siempre trabajar y me gusta trabajar, pero veo que a lo mejor yo si he querido superarme en cosas, pues he tenido que ir a la escuela de noche, aquí en la parroquia de la Asunción amigos míos nos

⁸⁰ Borderías, C.: *Opus cit.*, págs. 166 y ss.

daban clases, después las monjas, en la calle Nueva, amigos míos también daban clase para que nos superáramos. Luego ya como íbamos a reuniones y a cosas pues dijimos que hacía falta un instituto en Molina o algún centro para estudiar si queríamos hacer algún estudio superior, y yo hice primero de bachiller a mis ratos, y me quedé a medio de segundo y recogimos firmas y abrieron el instituto nocturno”. (C.G.)

La educación durante estos años experimentó un cambio radical, apremiada por los importantes cambios de carácter económico, tal y como se ha expuesto al inicio de este epígrafe, y también por los sociales. El cambio lo aportó la polémica Ley Villar, Ley General de Educación de 1971, que, a pesar de las muchas críticas que recibió desde amplios sectores, consiguió generalizar el acceso a la educación, hizo posible la utilización de libros de texto mucho más livianos en adoctrinamiento que los anteriores, y amplió el número de construcciones escolares, entre otros aspectos, con el objetivo de modernizar el sistema educativo. Cambiaron muchas cosas, es cierto, pero otras se mantuvieron: los crucifijos y el retrato de Franco seguían presidiendo las aulas; los viejos falangistas y las mujeres de Sección Femenina seguían en escuelas e institutos velando por la “educación” de los jóvenes; curas, monjas y frailes, amén de maestros de escuela por propia convicción, llevaban a los niños a misa, a confesar, a ver las procesiones, a llevar flores a María o a besar los pies a Cristo. Castidad y pecado seguían presentes en el vocabulario de enseñantes, y el infierno, la gran amenazada, presidía el entramado de la persistencia de la dominación ideológica del régimen.



FUENTE Archivo particular familia Andújar. Imagen que recoge todas las máximas religiosas del momento: pureza, austeridad y sacrificio. También nos muestra la pobreza existente todavía, porque ni siquiera los rincones dedicados a la Virgen estaban suficientemente adecentados.

El cambio que se produjo en los años setenta vino, ante todo, por la presión de los padres en su aspiración de escolarizar decentemente a sus hijos, por la actuación de muchos colectivos –como las Asociaciones de Vecinos, las de Padres- que velarán por la educación en sus respectivos lugares de residencia, así como por el trabajo realizado por los diversos movimientos de maestros y profesores para dignificar su trabajo y para conseguir una mejor calidad en la enseñanza pública. El punto de la dignificación laboral era importantísimo porque, aún en estos años, los maestros seguían estando tan mal considerados como al principio de la dictadura. El «castigo» a los maestros por su responsabilidad en la propagación ideológica y cultural durante la República y años anteriores, continuará a lo largo de décadas, prueba de ello es que se les mantiene con unos niveles adquisitivos que rayan la miseria, haciendo real la frase “pasar más hambre

que un maestro de escuela”. Tal es así que en 1973 un maestro nacional, en su máxima categoría, ganaba 20.000 pesetas y la mínima 12.000, sueldo bruto. En la enseñanza privada los sueldos eran más bajos todavía. En 1975 se mantenían estos niveles, de hecho un maestro nacional cobraba la hora de trabajo a 93'07 pesetas, siendo más alta la de cualquier otro titulado similar: en una industria textil cobraban las horas a 197'6 pesetas, en las de productos químicos a 231'86 y en las de extracción del carbón a 290'5⁸¹.

⁸¹ Datos aportados por Doz, J. y Pérez, M.: “El movimiento de los enseñantes en España” *Zona*, nº 7, *loc. cit.*, pág. 57.